Mundo Argentino

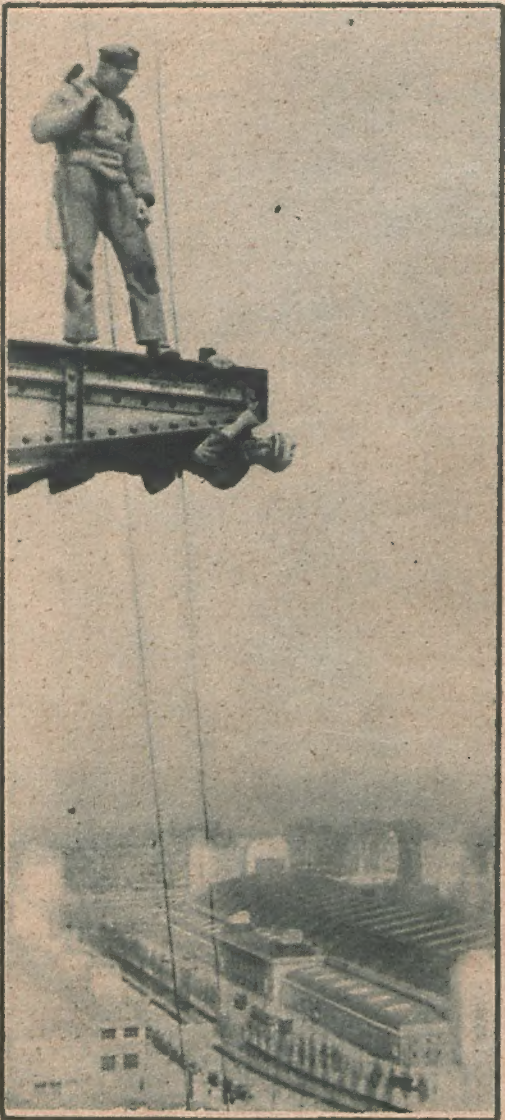


10 CENTAVOS

UNA SIRENA MODERNA

FOTO MACK SENNETT

Desafiando a la muerte



EXTRAORDINARIA SANGRE FRÍA se necesita para trabajar en la construcción de las armazones de hierro de los gigantescos rascacielos, donde a cada momento se está retando a la muerte



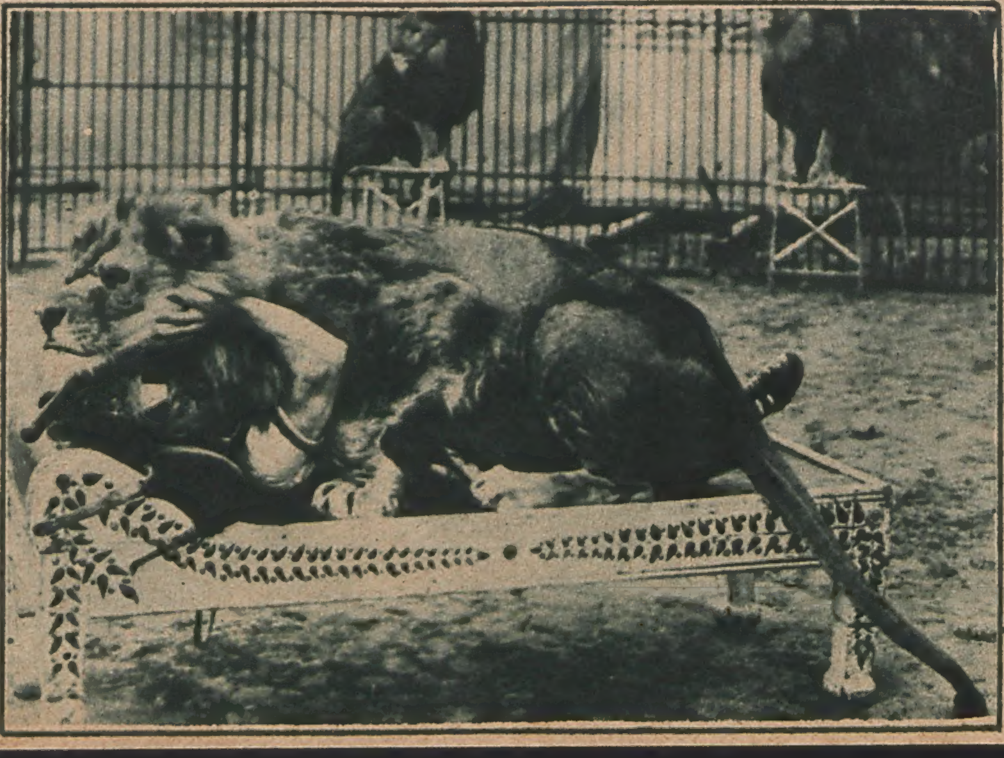
LOS GRANDES REPÓRTERES GRÁFICOS también son hombres audaces, que suben con su máquina a los sitios más arriesgados, con objeto de brindar a los lectores de revistas y periódicos las escenas más emocionantes



EL HUNDIMIENTO DE UN PUENTE o el desbordamiento de un río, espectáculos para ser contemplados a prudente distancia, tiene que afrontarlos el operador cinematográfico desde muy cerca, exponiendo su vida para filmar el cuadro impresionante



PARA SUBIR POR EL TRONCO DE UN ÁRBOL, que es el poste telegráfico de muchas poblaciones rurales, el hombre se vale de este medio, que también no es de los menos peligrosos



HASTA EN EL CIRCO, para satisfacer la ansiedad de impresiones nuevas del público, los domadores de fieras van cada día haciendo pruebas más arriesgadas, en un juego terrible con la muerte

FOTO PRESS-PHOTO

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIERCOLES

Redacción y Administración:
RIO DE JANEIRO, 254
U. T. 63, Almagro, 1120 y 1121
Dirección Teleg.: "Senyah"

Oficina Central para Avisos
y Subscripciones:
AV. DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. T. 33, Avenida, 1472
BUENOS AIRES

LA PUBLICACION QUE MAS CIRCULA
EN LA AMERICA DEL SUR

Año XVI — Buenos Aires, Enero 20 de 1926 — Núm. 783

Notas de la semana

¿Triunfa el juego sobre la prensa?

La prensa argentina está cansada de combatir el juego, sin conseguir que las autoridades atiendan su propaganda. Hace poco creyó poder cantar victoria en el caso de la provincia de Córdoba, pero no tardaron en venir noticias que la desilusionaron de sus esperanzas. Últimamente se han hecho graves cargos al gobierno santiagueño por su tolerancia con el juego, y se denunció la existencia de nuevos garitos en el Tigre, para atraer a los incautos de la Capital Federal en tan propicia estación como el verano. En Mendoza el juego es todo un problema, que, por cierto, la intervención federal dejó sin resolver. Según propósitos que se atribuyen al gobierno electo, en esa provincia se prohibirá el juego a los nativos. Esto quiere decir, naturalmente, que las casas de juego continuarán funcionando, estando por verse si se hará efectiva o no la restricción a los nativos. La prensa ignora ya cuáles son los términos en que debe llamar la atención de las autoridades sobre ese peligro social llamado el juego. Algunos órganos empiezan a hacerlo con desgano y escepticismo, y aun a prescindir de toda indicación, limitándose a consignar irónicamente los progresos del juego. Pero esta fatiga de la prensa no es el menor cargo que pueda hacerse contra la inercia oficial ante el juego.

Un asunto cuya duración es inexplicable

¿Cuánto va a durar todavía el asunto de la Caja de Ahorro Postal? Y nótese bien que no preguntamos si se va a hacer efectiva o no alguna responsabilidad, sino cuánto va a durar todavía ese asunto. Cuando se hace una denuncia sobre una institución depositaria del ahorro popular, se imponen medidas decisivas e inmediatas, que despejen la atmósfera en el acto. Pero en el caso de la Caja de Ahorro Postal han pasado los meses, y ya empiezan a pasar los años, desde que se hizo la primera denuncia, y lejos de haberse seguido ese temperamento, se ha dejado que la Caja continuase en la picota. Sean cuales sean los cargos que quepa hacer a los administradores de la Caja, mayores son los que podrían hacerse al gobierno por su falta de resolución o por su falta de energía, o por su falta de sentido del deber y de la responsabilidad, o como deba interpretarse su conducta. Un gobierno que en un caso semejante se manifieste indeciso, débil o dilatorio, se hace acreedor a las más severas censuras. Esto es demasiado claro, demasiado patente, para que no sea ocioso abundar en consideraciones demostrativas. Por lo cual volvemos a preguntar: ¿Hasta cuándo va a durar todavía ese asunto de la Caja de Ahorro Postal?

Avenidas suburbanas con arbolado en el medio

Avenidas suburbanas con arbolado en el medio; esto es lo que necesita Buenos Aires, nos dice un lector, con motivo de los fuertes calores.

Si todo se redujese a agregar el arbolado a las avenidas existentes, la adhesión a la idea sería unánime. Pero es que habría que ensanchar las avenidas para hacer lugar al arbolado...

Sin embargo, es evidente que los parques y plazas de los barrios suburbanos, aunque fueran más numerosos, no resolverían ampliamente el problema de las noches de calor, puesto que ya hoy no lo resuelven en la medida que fuera de esperarse.

Cuando el suburbio porteño se haya poblado densamente, y su edificación haya crecido en altura, nos percataremos de que sus calles son estrechas y de que aun sus avenidas no son bastante anchas. Por lo demás, hoy mismo es un criterio atrasado el de medir las calles sólo por las necesidades del tráfico. Las necesidades de la higiene no son menos importantes. En verdad, para los espíritus previsores no sería prematuro pensar en anchas avenidas suburbanas con arbolado en el medio.

El auge de las quinielas

Accidentalmente suelen aparecer en la sección policial de los diarios los nombres de dos o tres falsos comerciantes cuyas actividades no se limitaban a la venta de cigarrillos, de lápices o de otros menudos artículos, sino a lo que en lenguaje pintoresco y vernacular se denomina "levantar quinielas". Esas noticias tienden a convencer, a los espíritus ingenuos, que la policía realiza una campaña seria y sistemática en contra de los quinieleros, y nos llevan a pensar en que si todas las semanas se detienen a ocho o diez, pronto esta tolerante ciudad de Buenos Aires se verá libre de esa plaga, que ya ha invadido los hogares, y lo que es peor, los hogares de la gente pobre.

Sin embargo, la quiniela está en auge, y quienes comercian con ella viven tranquilamente al amparo de la tolerancia oficial, porque esas detenciones semanales de que nos hablan los diarios, son como simples gotas de agua en ese océano de inmoralidad en que se está sumergiendo parte de la población de esta urbe. A cada detención se abren, o reanudan sus actividades, tres o cuatro agencias de quinielas. Esto lo sabe la policía, lo sabe de memoria. No hay comisario en esta capital que no sepa cuáles son los quinieleros más fuertes y más influyentes de su sección, pero por motivos que pueden ser particulares o venir empujando desde muy arriba, deja las cosas como están, que es estimular con la inercia el desarrollo de la corrupción.

Influencias de orden económico o de orden político impiden que la policía llene su cometido en la forma que debiera, y la moral de nuestra población trabajadora está siendo carcomida por la peor de todas las plagas: el juego a domicilio.

Accidentes en las playas de mar

Ya ha sido dada la nota fúnebre de la temporada de baños de este año en nuestro gran balneario. Un hombre pereció ahogado en Mar del Plata. Las noticias que nos han llegado respecto a tan triste suceso pretenden achacar ese accidente a causas ajenas a la vigilancia de la playa. Sin embargo, todas las estaciones de baño de mar de la República adolecen de una condenable falta de seguridad para los bañistas.

En primer lugar, hay que destacar la escasa vigilancia de nuestros bañeros, que no se preocupan bastante, como debieran, para evitar esos desgraciados sucesos. Su actitud resulta casi siempre pasiva, y con el menor celo posible se dedican a mal cumplir su misión, interviniendo, casi siempre, cuando sus servicios son ya completamente nulos.

Es necesario que nuestras autoridades organicen mejor el personal encargado de la vigilancia de los bañistas, si se quiere que hechos de funestas consecuencias no pongan su nota triste en medio de la alegría de nuestras playas de veraneo.

Bibliotecas al aire libre

A fines de este mes se inaugurará en el Parque de los Patricios una nueva biblioteca pública municipal, a disposición de cuantos concurran a ese paseo de la Capital. Todo cuanto se haga con objeto de fomentar la cultura popular merecerá nuestra adhesión y nuestro aplauso; por eso vemos con simpatía la creación de nuevas bibliotecas al aire libre. Sólo que convendría que no se abandonaran a la buena de Dios, como ocurrió con la del Jardín Botánico, al inaugurarse, donde en el mismo día desaparecieron casi todos los libros.

Nuestro pueblo todavía no está educado lo suficiente, hay que confesarlo, para que se deje en sus manos una biblioteca en un paseo público. En muchas ciudades europeas eso puede hacerse con absoluta confianza; pero entre nosotros parece que aun no, ya que la experiencia ha demostrado que eso es impracticable todavía.

De todas maneras, y aun a trueque de que se pierdan los libros, sean bien venidas todas las bibliotecas al alcance de todos.

La farsa de los exámenes de fin de curso

Por **Julio Agosto**

Es necesario, tanto en nuestras reparticiones públicas como en las empresas privadas, estimular en empleados y funcionarios el culto a la verdad y el odio a la mentira y a la farsa. En nuestro sistema democrático existen todavía ciertas prácticas desvinculadas de toda seriedad y de toda franqueza. Farsas que ya debieran estar desterradas de nuestro ambiente, pero que se conservan gracias a la rutina e indiferencia de nuestros gobernantes.

ESTAMOS tan acostumbrados a tolerar la farsa con que la administración nacional trata de impresionar a las gentes respecto a su buena organización, que cuando un ciudadano inspirado en el mejoramiento de algunos servicios públicos, o impulsado simplemente por el amor a la justicia, que es simpatía por todo lo que significa corrección y honradez, levanta una voz de alarma, lo miramos como a un ser indeseable, pues viene a turbar las mansas aguas de nuestra vida burocrática, sembrando la intranquilidad en los espíritus.

Y no sólo es la voz de ese hombre motivo de inquietud para sus compañeros, amantes de la dulce rutina del no hacer nada y del cobrar religiosamente un sueldo substancioso que le permite esperar pacientemente la jubilación, sino que tales voces de alarma suelen provocar una indignación injustificada en las altas esferas gubernativas. Aquí, en esta linda patria nuestra, no se puede pretender innovar hacia la decencia ni hacia la corrección. Hay que dejar las cosas como estén, que cuanto peor estén, será mejor para todos.

El caso que ha motivado estas líneas es un caso de vergüenza, de ignorancia y de hipocresía. El rector de uno de nuestros colegios nacionales, creo que el "Domingo Faustino Sarmiento", tuvo la ingenuidad de dar la voz de alarma respecto a los procedimientos puestos en uso desde época inmemorial por rectores, alumnos y profesores de los institutos de enseñanza secundaria, en los llamados exámenes escritos de fin de año.

Se trataba de evitar en lo posible, la repetición de una de las tantas farsas que viene tolerando la educación en el país.

Los llamados exámenes escritos no son tales, si se considera que lo que escriben los examinandos no es visto, como lo exigen los reglamentos y los principios más rudimentarios de la pedagogía, por los tres profesores examinadores.

La falta de tiempo ocasionada por la premura con que se efectúan los exámenes de fin de curso, el poco interés que el examen escrito despierta en los alumnos, el descuido, acaso, en que se ha tenido durante el año escolar a la misma escritura y, sobre todo, el sistema implantado por la costumbre de no leer, o leer mal los escritos de los examinandos, motivó del rector a que nos referíamos a comienzo de este artículo, una observación atinada respecto a la farsa que significaban los exámenes escritos y a la necesidad de transformarlos en un acto serio.

El Ministerio de Instrucción Pública, por intermedio del señor Guaglianone, inspector general, ha creído oportuno tomar medidas respecto a la total aclaración de este asunto. La inspección general solicita del rector aludido todos los pormenores sobre estas irregularidades que tan regularmente se cometen en todos los colegios nacionales de la República, sin honrosas ni vergonzosas excepciones. Pretende el Ministerio ejemplarizar, y se vale, precisamente, de un caso en que debiera felicitar a un funcionario por su honradez y franqueza, para llamarlo al orden. ¡Nueva y edificante manera de estimular el buen desempeño de las funciones educacionales!

La inspección general del Ministerio de Instrucción Pública no puede ignorar el procedimiento que hasta ahora se ha seguido respecto a los llamados exámenes escritos: ha sido siempre una farsa de la cual se percatan rectores, profesores, alumnos y hasta los ordenanzas de los colegios nacionales. Los casos en que el examen escrito ha sido leído con la conciencia que tal acto requiere por los tres profesores examinadores, es un caso desconocido.

Lo que ha declarado el rector aludido de que "en la mayoría de los casos resulta tan penoso leer los exámenes, que los profesores los leen mal y nunca son tres los profesores que leen cada examen, sino que, de mutuo acuerdo, se reparten los escritos y cada uno clasifica lo que lee y los otros aceptan, no cumpliendo así con su deber", es la pura verdad. Durante dos o más generaciones se ha hecho así. ¿Por qué esa hipocresía de desconocer lo que todos conocen, de ignorar lo que todo el mundo sabe?

La inspección general debe conocer ese procedimiento; si no lo conoce es, sencillamente, porque nunca inspecciona nada. Y si conociéndolo trata de aparecer ignorándolo, su situación, con respecto a profesores y alumnos está al margen de la verdad y de la franqueza.

Resulta, después de todo, muy condenable que lejos de estimular en los ciudadanos honestos y en los funcionarios bien intencionados su cooperación para la mejor marcha de una cosa tan importante como lo es la instrucción pública, se les amoneste y se les obligue a delatar, señalando casos aislados en un asunto tan generalizado como es el que nos ocupa. La inspección general ha obrado poco cuerdamente en esta eventualidad. Si, en verdad, se propone adoptar una actitud de corrección, que recuerde cómo se hacen las cosas en los demás colegios. Señalar a los profesores que firman los libros de actas de los exámenes escritos, sin que hayan leído todos los folios que allí aparecen, sería, acaso, verse en la necesidad de mencionar los nombres de todos los rectores, de todos los profesores, del mismo señor Guaglianone y, quizá, del señor Ministro, que cuando era profesor no pudo, de ninguna manera, substraerse a ese sistema basado en lo que generalmente se basan nuestros procedimientos: en la buena fe criolla, que es estímulo de toda clase de farsas.

Es indudable que nuestro sistema de exámenes adolece de grandes faltas y que se hace menester una nueva organización y la aplicación de otros métodos; pero consideramos improcedente que se amoneste a un hombre que tiene la franqueza de señalar graves irregularidades y de sugerir la necesidad de repararlas.

Es necesario reaccionar contra ese sistema de asombrarnos ante irregularidades que todos cometemos. Poner el grito en el cielo, iniciar sumarios, emprender investigaciones porque alguien ha mezclado en sus palabras la buena fe y la verdad, significa, en el mundo de nuestro burocracia, estimular entre jefes y empleados el culto de la hipocresía. Nadie tiene la culpa que nuestro sistema de exámenes sea todo lo malo que es, y si la opinión de un ciudadano, sea profesor, rector o simple alumno, viene a señalarnos errores y a descubrir malos procedimientos, aceptémosla complacidos. Así lograremos, con el correr de los tiempos, reparar faltas y organizar sistemas mejores, para el prestigio de la instrucción pública en nuestro país, y en beneficio de profesores y alumnos, víctimas inocentes de un estado de cosas viejas y perjudiciales que tienden a mantener la rutina y el desconcierto en nuestra enseñanza secundaria.

Pequeños poemas en prosa

Por **Margarita del Campo**

YO ACUSO



ULTIMO hijo de un músico genial, mi padre tenía en su espíritu toda la ardentía de las tierras que estremeció el Vesubio; y en sus pupilas de color indefinido y mirada franca, el fracaso de todas sus voluntades. Más poderoso que todo él, era su devoción por el ajenjo, y cuando bebía, entonaba melancólicamente canciones de traición y de amor, en la más armoniosa de las lenguas. Extravagancias de ebrio, en noches de plenilunio me tomaba en sus brazos, y junto con sus canciones, me ofrecía a la luna. Era un apasionado de lo bello, y pasó por la vida llevando unido al fracaso de sus voluntades, los sentimientos de quién sabe qué artista insospechado.

Mi madre: primogénita, blanca y sana de cuerpo y alma, heredó de mi abuelo materno la humildad en la mirada de sus ojos pardos y glaucos, y un gesto como de soberbia reprimida, que pone en sus labios un dejo de sufrimiento interior; su cuerpo es la magnífica envoltura de toda su bondad.

Y yo, traje conmigo, en los mismos extraños ojos de mi madre, la mirada franca y pronta, que dice por igual mis sentimientos, como a mi padre todo su fracaso.

En mi boca: besos y veneno; porque en mis venas se mezcló la sangre pletórica de "ella" con la enfermiza, vehemente y envenenada sangre del bebedor de ajenjo.

Por eso, a ratos, me torturan alucinaciones, que son como si fueran las tentativas de una mansa locura que vendrá alguna vez; y por eso tengo, al lado de mis horas, el corazón roído por la pena, las manos implorantes, la carne castigada y una cuna vacía.

EN TUS OJOS

NO me mires así ni me hables con ese dejo de amargura tanta. Con una desolación tan sentida me has pedido que te quiera más, que tuve que cerrar las manos y con los puños apretarme los ojos. ¡No quiero llorar!, creo que me agotaré en lágrimas... No me mires así. Esa resignación de eterno sufriente me lastima mucho, no puedo mirarte en los ojos, que tanto los quiero, cuando miras con esa mirada que tú bien sabes a qué otra mirada me recuerda. ¡Qué cosa extraña! En tus ojos ha quedado mucho de la luz de aquellos otros ojos pequeñitos, que tan poco tiempo alumbraron en las tinieblas de nuestras vidas inútiles y vacías. Ahí está porque gusto con tanta solemnidad besarte en los ojos. En ellos beso a los otros ojos que no veo, y, a veces, por ser doloroso ese beso imposible, tienes el porqué de mi rareza, de cubrir tus ojos con mis manos para besar tu boca.

FELICIDAD PLENA

VIVO tranquilamente, y soy feliz; mis ambiciones son hijas propias de mi modestia y hermanas legítimas de mi mansedumbre. No pido aquello cuyo logro es imposible, ni me desespero por alcanzar lo que está más distante que mi mano extendida.

No pido castidad y desinterés en otros besos que no sean los del sol y la brisa.

No me inquieta la falta acariciante de perfumes exóticos ni de sedas suntuosas: me conformo con sentarme, vestida de blanco, de blanca tela ordinaria, junto a las habas en flor, bajo la nevada belleza del peral; así me imagino hecha de purezas.

No he pensado nunca en que otros placeres pueden superar a mis placeres simples, de bañarme en agua fresca, de hospedar por las noches a la luna en mi cuarto, de echarme sobre el verde trebolar florecido, de saltar a tu cuello y formar con mis brazos un collar estrecho, de tomar tus manos tan finas y jugar a la ronda.

Soy la mujer más feliz, porque mis ambiciones son hijas propias de mi modestia, y la mansedumbre, mi hermana legítima, no deja que ponga mis ojos más arriba que adonde llega mi mano cuando señala al cielo.

AGUA SERENA

MI vida era agua serena, cristalina y pura, tentadora al sediento viajero que pasara a mi lado.

Un día, alguien pidió beber en mi vaso, y al ruego de dos bocas sedientas, Amor vistió en la limpidez del cristal de mi vida algo de la turbulencia de sus pasiones, y conocí entonces, ¡oh amor!, las inquietudes de querer demasiado, todas las violentas tempestades de los celos, el miedo de ser olvidada, y la constante obsesión de que alguien me robara el cariño de quien tanto adoro...

A fuerza de tanto amar, mi corazón ha aumentado sus dominios, y está en todas partes; y con más frecuencia en el cerebro, como para no dejarle sitio al pensamiento; y así, en la lucha sorda y obstinada de tantos sentimientos, a veces antagónicos, clamo por olvidar, por ser lo que antes... No es posible; he llegado a ser toda un enorme corazón que ama y morirá de amor; pero mi vida, no volverá nunca a ser agua serena, cristalina, pura.

LA DUDA

CUANDO te separas de mí, quedo sin alma, porque se va contigo donde tú vayas; me entrego a tu querido recuerdo, y, sólo así, me parece menos prolongada tu ausencia. Y tú, ¿qué piensas cuando yo me voy? ¡Ah, quién pudiera leer el corazón de un hombre! Cómo quisiera creer todo lo que me dices; pero tengo como una maldición de mil años: la duda, pronta para salir al encuentro de las cosas amadas, y yo te amo tanto, que no sé hablar nada, que del cariño tan íntegro que te he dado, minuto por minuto, gana en intensidad, y sin embargo, siempre pienso en quererte, hoy más que ayer, mañana más que hoy...

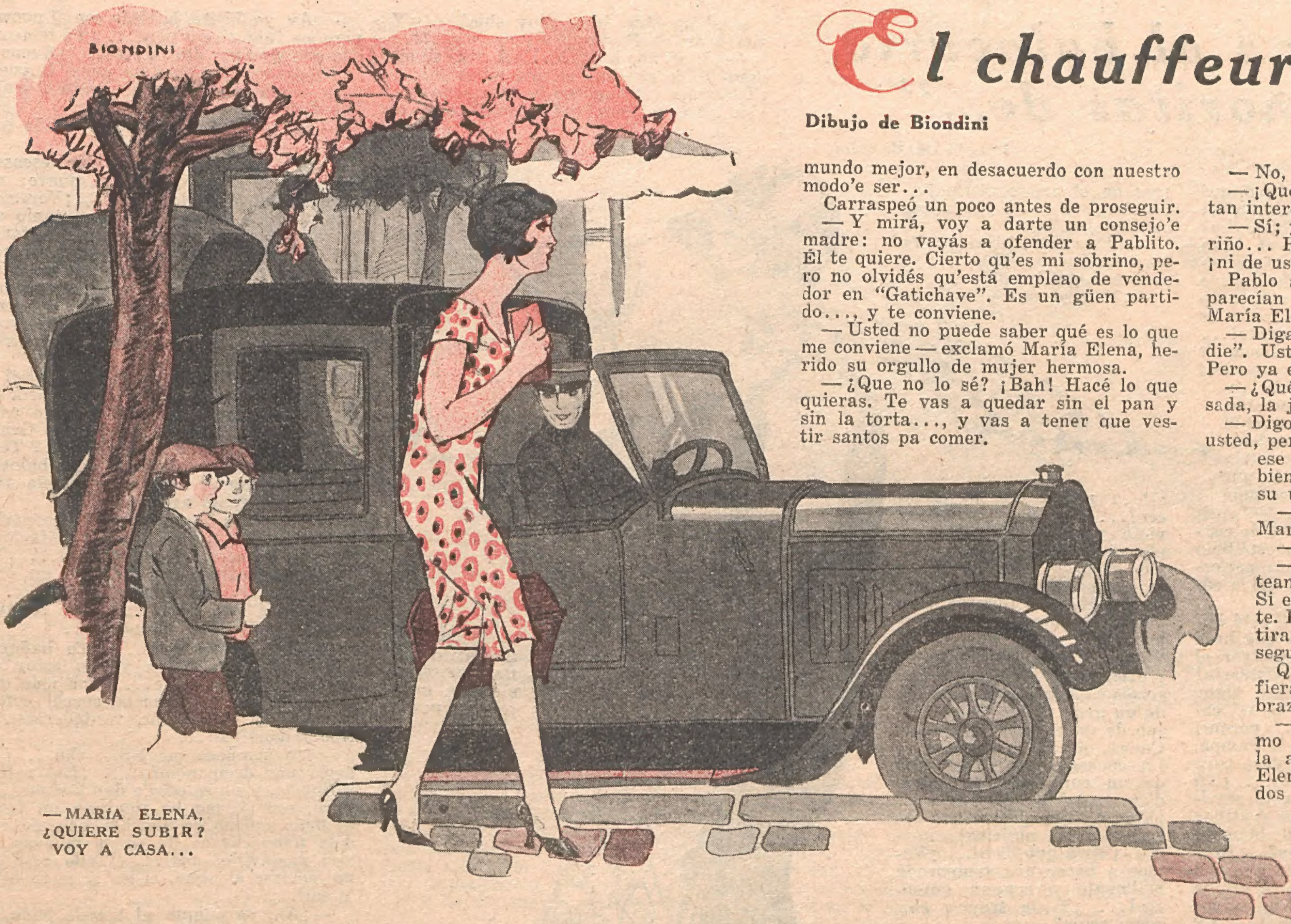
De nuevo la duda. ¿Cuando tú me dejes, mi amado, dónde pondré todo este amor que tengo?

¡Bésame la frente!... Es mejor no pensar.

El chauffeur de S. E.

Dibujo de Biondini

Por Antonio Ferrari



—MARÍA ELENA, ¿QUIERE SUBIR? VOY A CASA...

ESE muchacho v'hacer carrera! —decía, con énfasis, misia Ludovica a un grupito de vecinas que formaban corro a su alrededor. —¡Mirenló qué guapo!

Andrés salía en ese instante de su pieza, vistiendo un entallado uniforme de chauffeur, con botones color oro, faltándole solamente las charreteras para ser consagrado militar "honoris causa". A decir verdad, su silueta granadera influía no poco. El agraciado joven era la admiración de las muchachas y la envidia de los mozos del conventillo.

—¡No tener yo veinte años menos! —suspiró, románticamente misia Ludovica.

Al pasar Andrés frente a ellas, saludó apenas: ¡eran ahora tan poca cosa sus convecinos! Taconeando a compás, irguiendo el busto y ensayando en sus labios una sonrisita conmiserativa, tomó el camino de la calle.

—¡Mirenló; hasta distinguido se hizo! —musitó, siempre embelesada, misia Ludovica. —Ya casi no saluda por no arrugar l'uniforme. ¡Ese muchacho v'hacer carrera! Sí, como suena: ¡carrera! Áhura ha d'ir a casa'el ministro. ¡Cha, qué suertudo! De pobre mecánico qu'era, convertido, ¡nada menos!, en el chofer del ministro Modorra. ¡Y qué lindo se ha puesto! Ya me lo veo regolviendo el avispero d'este inquilinato. ¡Suerte perra! No tener yo unos añitos menos...

—No sé pa qué —habló una fea del grupo. —Estos que se levantan del polvo'e la tierra, son piores que pájaros agoreros: en cuanto olfatean el candidato que no conviene a sus intereses, le rondan la casa, y a juerza'e graznidos lo despatarrean de susto. Sí, misia Ludovica; la comparanza no habrá sido güena, pero esa gente es así: todo se le güelve ambición, egoísmo, mal'entraña; y, lo qu'es pior, llegan a tener vergüenza'e su pasao..., ¡y guay de que se les arrime alguno de su misma laya!

—¡Callate vos, cotorra'el demonio! Vos hablás de rabia, porque sabés que no entrás en el grupo'e sus preferidas... ¡Ni vos ni ninguna de las d'esta casa! —vociferó Ludovica. —And'hacerte revisar la cabeza, por si te anda gente extraña embarullando l'azotea.

—Vea, misia, que no le permito...

—¡Qué no me vas a permitir! Como sigás contradiciéndome te parto el "mate". —Y misia Ludovica levantó la diestra en tren de ataque.

Se hizo un dramático silencio. Las restantes contertulianas miraban alternativamente a "La fea" y a la iracunda encargada, preludiando la regocijante tragedia. Por suerte todo quedó entre dos platos, y, renacida la calma, reanudáronse los cotorreos.

—Sí, muchachas; no está bien que se calumnie al ausente. ¿Por qué le habrán de hacer zumbar los oídos? ¡Cha que son malas!

—A veces los despechados dicen verdades, misia Ludovica.

La que atrevióse a replicar era María Elena, una linda muchachita de veintidós estíos; ojazos negros, sombreados por unas pestañas largas y arqueadas. Constituía, entre el vulgar elemento femenino del barrio entero, la excepción. María Elena había soñado más de una noche con la seductora imagen de Andrés, a quien amaba en silencio. Ahora que el mozo viera realizado su empeño de mejoramiento, con la feliz designación de chauffeur ministerial, ella creía no tener derecho a profanar con su vista su magnificencia.

—Miren quién habla'e despecho —sonrió indulgentemente misia Ludovica. —¿Pensás que no sé que andás loca por él? T'hubieras animao a conquistarlo antes, cuando Andrés no pensaba en otros mundos. Áhura es tarde: Andrés andará trenzao con la hija'el ministro..., o con alguna viudita ricacha, como aquella que s'engatusó con el chofer Rivero. ¿Se acuerdan, muchachas?

Todas asintieron con un movimiento de cabeza. Parecían momias: ninguna atrevíase a despegar los labios. Misia Ludovica se enfadó:

—¡Hablen, pues! Contesten. ¿O es que todas tejen en sus cabezas nidos de amor?

Ludovica fué la primera en sorprenderse de su improvisación poética.

—¿Han visto, muchachas? Me salió redondita la frase. ¡Y güeno, qu'embromar! P'algo somos de cría pueta.

Y tras de observar unos segundos a María Elena que, ensimismada en torturantes pensamientos, parecía estar ajena a cuanto se cuchicheaba en el corrillo, moduló su voz de celosa guardiana para ensayar el acento maternal, tan propio en los consejos.

—María Elena, resignate. Vos bien sabés qu'es peligroso cambiar el rincón de nuestra existencia pa "codicear" un mundo mejor, en desacuerdo con nuestro modo'e ser...

Carraspeó un poco antes de proseguir.

—Y mirá, voy a darte un consejo'e madre: no vayás a ofender a Pablito. Él te quiere. Cierto qu'es mi sobrino, pero no olvidés qu'está empleao de vendedor en "Gatichave". Es un güen partido..., y te conviene.

—Usted no puede saber qué es lo que me conviene —exclamó María Elena, herido su orgullo de mujer hermosa.

—¿Que no lo sé? ¡Bah! Hacé lo que quieras. Te vas a quedar sin el pan y sin la torta..., y vas a tener que vestir santos pa comer.

Las demás vecinas rieron de buena gana la ocurrencia de la pertinaz encargada. Indudablemente: entre "quedar mal" con misia Ludovica y "deshilachar la cabellera" de una amiga, preferían esto último, que en nada perjudicábales el pago del alquiler.

PABLO ya estaba harto de las rotundas negativas de María Elena. Joven presumido, con más cara de Bertoldo que de Narciso, no podía sufrir a la esquiva muchacha. Agotados todos los recursos de sus cortos alcances; trémulo de ira al prever un irremediable fracaso, iba a intentar un último recurso honesto, que él juzgaba noble, y hasta imprescindible, en un enamorado ferviente: la mentira. Sabía que ella estaba prendada de Andrés, y decíase, para su coleto, que desilusionándola con un ingenioso "cuento", la conquista seríale menos difícil..., tal vez sencillísima.

La noche en que misia Ludovica le profetizara "una vida entre santos", María Elena, ya en su aposento, vertió gruesas lágrimas, sin que fueran eficaces los consuelos de su madre, quien también recomendábale dos paliativos a su dolor: el olvido y Pablo.

María Elena optó por ahogar ese amor en su corazón; cerrar las puertas de éste a uno nuevo; reír a carcajadas, burlándose de los hombres presumidos y de las mujeres soñadoras; apartarse en lo posible de sus amistades, que las juzgaba falsas; y, en fin, evitar cualquier encuentro con el orgulloso chauffeur.

Todo esto se propuso la incomprendida amante. ¿Y Pablo? Allí estaba el empleado, henchido de amor por ella, dispuesto a llevarla al altar en cuanto "soltara el bendito sí". Allí estaba Pablo, rival implacable de Andrés, sonriente como nunca, con la risa impregnada de optimismo, confiado en sus "encantos varoniles" y en la fuerza de elocuencia de su tía.

—Buenos días, Elenita. ¿Me permite que la acompañe?

—Gracias, Pablo. Voy hasta el mercado, y no temo a los "cucos" —contestó con fingida amabilidad María Elena, sesgando sus labios en una graciosa sonrisa. Pablo se lamió los labios.

—No importa, "mi bien"; donde hay voluntad, las razones contrarias sobran. Deme usted la canasta.

—No, Pablo; no insista.

—¡Qué lástima! Iba a decirle cosas tan interesantes...

—Sí; ya sé. Iba a hablarme de su cariño... Pero sépalo, si es que no lo sabe: ¡ni de usted ni de Andrés!

Pablo sonrió satánicamente: sus ojos parecían querer saltar de las órbitas. María Elena dió un prudente paso atrás.

—Diga mejor: "de Andrés o de nadie". Usted lo quiere a él; me consta. Pero ya es tarde.

—¿Qué dice usted? —inquirió, interesada, la joven.

—Digo una cosa que quizás no me crea usted, pero que es cierta como la luz de ese sol que nos alumbra... Escuche bien: Andrés me acaba de confesar su última conquista, y...

—¿A usted?, —le interrumpió María Elena.

—¿Qué tiene de particular?

—Sé que ustedes dos se regatean casi el saludo, y... ¡Vamos! Si en la cara se ve que usted miente. Pero sepa que ni todas sus mentiras, ni todas sus artimañas, conseguirán que yo sea de usted.

Quiso irse; mas Pablo hecho una fiera, tomóla bruscamente de un brazo.

—¡Es usted una insensata! ¿Cómo puede mentirle un hombre que la adora? Tenga presente, María Elena, que no soy de los que piden dos veces una cosa.

—Déjeme ir, Pablo. No demos un escándalo. Déjeme.

—¡No! —aulló el fracasado galán. —O me da el sí, o la beso, aquí, delante de todos, y entonces todos la repudiarán. ¡Decídase!

El dilema era terrible: si aceptaba sus proposiciones, aun engañándole, Pablo requeriría el cumplimiento de ese "contrato"; si, por el contrario, se dejaba besar, ya no tendría valor para mirar de frente a Andrés.

María Elena dulcificó su tono.

—Déjeme, Pablo. Lo pensaré...

—No; tiene que ser ahora mismo. No espero más.

—¡Es usted un atrevido!

—Y usted una insensata.

—¡Déjeme, le digo!

Logró desasirse de la brutal mano y corrió a su pieza. Pablo, estupefacto, dióse una cachetada en pleno carrillo, rabioso por el chasco. Su tía apareció sonriente.

—¡Mala suerte, muchacho! —díjole. —Mi hado "protetor" ha querido que viera la escenita. Muy bien. Yo me encargaré d'esparcir la grata nueva..., y de que s'entere Andrés.

Y el crepúsculo, que ya comenzaba a sombrear la luz del día, fué testigo del apretón de manos que tía y sobrino se dieron, cual rúbrica puesta al pie de una sentencia de muerte.

LOS acontecimientos políticos tenían revolucionados todos los núcleos sociales. En la alta sociedad comentábase la posible caída del ministro Modorra. En los comités sonreían con "la bajada", que daban como inevitable. Hasta en el conventillo de Andrés el asunto tenía matices de tragicomedia. Y no porque la política hubiese hecho prosélitos en la apacible casta de convecinos, sino porque de la suerte del ministro dependía el porvenir de Andrés. Sus enemigos simulaban un inaudito gozo que, pese a sus dueños, irradiaba por todos los poros de sus caras.

—¡Andrés regresará con el rabo entre las piernas! —decían.

Y regresó Andrés, todavía erguido y triunfal. Misia Ludovica corrió a "reportajearlo".

—Decime, muchacho, ¿es cierto lo de la caída del ministro?

—Cuentos, misia Ludovica. Verdad que mi patrón está hastiado de política y de enredos...; pero no va a darles el gusto a los opositores.

—¡Ah!, respiro. Me había asustao.

(Continúa en la pág. 28)

"Llegaron al balneario las señoritas de..."

Por **Federico Mertens** — Dibujo de Biondini

QUERIDÍSIMA amiga! ¡Pero, qué sorpresa más agradable! ¿Tú también por Mar del Plata, che?

—¡Hijita, lo exige el buen nombre, y no hay que hacerle! ¡No quieras saber tú los imposibles qu'he debido hacer en el presupuesto este año, pero estoy aquí, como siempre, como todos los años, y no podrá decir la gente!... ¡Con decirte que tuve que mudarme 'e casa y todo! Dejé el departamentito aquel de la calle Rivadavia, tan coquetón, ¿te acuerdas?, tan confortable, tan íntimo, y me largué a un casuchín de Nueva Pompeya... ¡Los alquileres se han ido por las nubes, y no están los tiempos, hijita!... Tú sabrás que sólo tengo la pensioncita que me dejó el finao papá como capitán de los antiguos guardias nacionales; y pare de contar... Y con esos pesitos, como está todo hoy en día, te supondrás, no era par'estirar las piernas más de lo que da la sábana...

—¡No me hablés, che!... ¡Si está imposible la vida!... ¡Yo no sé qué hace el gobierno que no entra a resolver el problema'e la carestía'e la existencia! ¿Dónde vamos a parar, si esto sigue así?... Yo no me he mudado de mi casita del Parqu'e los Patricios..., porque, imagínate, como no me fuera a la Pampa, más extramuros imposible..., pero tuve que apretar el estómago, hijita... ¿Tú te acuerdas lo glotona qu'era esta servidora, y cómo le gustaban las frutillas con crema para postre y el blanco'e pollo con patefuá como fiambre?... ¡Bueno, che!... Ahora, pa de frutilla y minga e patefuá... ¡Un pucherete a la criolla no más, y de güeso'e veinte la mayor parte'e los días, y tan conforme!... ¿Y qué hay que hacerle?... ¡El sueldito'e profesora'e ñandutí en el "Instituto de Artes d'entrecasa", no s'estira para tantas músicas! ¿Y cuándo llegaste al balneario, che?

—¡Recién!... ¡En el nocturno de anoche!... ¿Y tú?

—¡Ayer tarde, en el rápido, hijita!... ¡En el nocturno una no se puede lucir!... ¡No la ve nadie!... ¿Y para dónde ibas ahora?... ¿Rambleando?

—No; iba para "La Razón"... ¡A hacerme presente, che!... Tú sabés que las relaciones no deben inorar qu'estamos en el aristocrático balneario... Y si no ¿para qué se viene, no?...

—¡Es verdá, hija!... Yo también iba par'allá... ¿Tú conocés alguien allí?...

—¡Pero sí, muchacha, pero sí!... ¿Cómo no viá conocer?... ¡Si soy veraneante vieja y consuetudinaria!... ¡Lo conózco a Quesada, y somos como chanchos!... Cierto es que nunca me ha publicado nada el muy tunante, pero pueda ser qu'este año el hombre afloje...

—¡Lo bloquearemos, che, y aflojará!... Yo traigo una recomendación para Quesada de un gran amigo de un ahijao de un sobrino 'e Manolo Carlés, qu'está en la Liga... La conseguí por intermedio de un cuñao de un primo d'ese sobrino 'e Carlés... ¡Verás, hija, qu'este año salimos en las noticias!...

—¡Mirá qué bien!... ¡Vamos a hacer una temporada rialmente pomposa entonces!... ¿Y de trapos, che, cómo venís?...

—¡Traigo siete modelos que van a voltear d'espaldas!... ¿Ves tú este modelito en seda estampada que llevo puesto?... ¡El más sencillo, hija, el más sencillo!... ¿Y tú, che?

—¡Yo traigo la mar!... ¡Este, en boal, no tirará d'espaldas, pero da qué hacer, verdá?



—YO TRAIGO UNA RECOMENDACIÓN PAR'EL BRISTOL, CHE... ¡NO ME PUEDE FALLAR!

—¡Muy chic, hija, muy chic!... ¿Y vas a ir al Puyrredón esta noche?...

—¿Y si no, hijita?... ¡A ver si me desquito lo perdido el año anterior!... ¡Tuve una yeta que no te digo nada!... ¡Me pasé la temporada apuntándole al treinticinco, y no se me dió ni una vez, el canalla!...

—¡Ay, yo, hijita, la tenía con el nueve, pero me falló tiro a tiro!... ¿Tú te acordás que vine por dos meses?... ¡Bueno!, ¡a los quince días tuve que pegar la vuelta, y no sin haber empeñao hasta el traje 'e baño!...

—¿Y de filos, che, qué tal el año pasao?

—¡No me hablés!... ¡Una escasez bárbara, hija!... ¡Como el nueve; no se me dió ni un pretendiente!... ¡Veremos este año!... ¡Traigo a San Antonio en la valija!... Y parece que san Antonio está conmigo... Recién me senté un ratito en el Oceán Clú, así de upa no más, porque no soy socia, y un rubio no me quitó los ojos d'encima!... Voy a averiguar en qué hotel se aloja, para pasarme a él... ¡No hay que perder las ocasiones, che!...

—¿Y en qué balneario estás, che?

—En ninguno tuavía... Yo quería en el Brístol, para vincularme, pero está todo repleto... Después fuí al de Genaro Ventura, ¡ni una casilla, che!... Tendré que cáir en cualquiera 'e los balnearios de la punta, aunque se mezcla una con mucha gente así nomás!...

—Yo traigo una recomendación par'el Brístol, che... ¡No me puede fallar!... ¡Es de Peracca, el rematador!... ¡Tú sabrás la influencia'e Peracca en este Balneario!... ¡Ni Cantilo, che!...

—¡Mirá qué bien!... ¡Nos bañaremos en el Brístol, entonces!...

—¿Nos bañaremos?... ¡Te bañarás tú, hija!... Lo qu'es yo no estoy en cuerpo para bañarme... ¡Por más que llevo un año'e gimnasia sueca, estoy, como tú te percatarás, verdaderamente tipo frigorífico!...

—Yo tampoco me baño, che... ¡Lo decía por decir nomás!... ¡Estoy tipo refinería, y no es cosa'e dar lástima!... Pero, eso sí, me he comprao un traje de baño relleno de algodón, que me modela unas curvas de no te muevas..., una maravilla, che!... ¡Todo está en no meterse al agua, hijita, y meta baño 'e sol!...

—¡Ah, en cuanto al traje'e baño yo también me lo pongo!... Traigo una faja'e reducción que m'elegantiza, che...

—¡Mirá qué bien!... ¡Ya llegamos a "La Razón"!... ¿Qué le vas a pedir a Quesada que te publique, che?

—¡Lo de siempre, y lo que nunca me publica!... "Llegó a este balneario la señorita Josefina Álvarez Cueyo de Blanco Montoya y García. Se aloja en su regia mansión de la loma..." ¿Y tú?

—¡Cualquier cosa por el estilo, che!... ¡Yo no pido tanto!... ¡La cosa es salir en el diario, para que s'enteren las relaciones!...

Meditaciones

Por **Antonio Zozaya**

LA CUMBRE DE LA VIDA

ES hermoso ser joven: pero también es hermoso doblar la cumbre de la vida adquiriendo la razón que nos hace más sabios, la austeridad que nos hace mejores.

Lamartine amaba a la juventud... que no duraba siempre. Los antiguos, queriendo simbolizar la belleza, no pintaron a un niño, sino a Marte, a los treinta años: al representar el vigor esculpieron a Hércules a los cuarenta: la razón fué encarnada en Homero con la belleza de la senectud.

Recordad vuestra hermosa juventud y esperad la luminosa vejez. Abrazad a los rosados niños y descubríos ante los encanecidos padres. La juventud eterna sería una promesa incumplida; perdamos el cendal de la inocencia para adquirir la púrpura de la racionalidad.

Después de la vejez está la muerte.

Pero la muerte es siempre bella cuando es digna. Oigamos a Epicteto: no morir para el hombre, es como para la espiga no ser jamás cortada.

EL OPTIMISMO DE LOS SOBERANOS

LA mayor felicidad de los soberanos es su optimismo. Jamás ven sino una nación ideal, alegre, regocijada, próspera, feliz. Cuando permanecen en la espléndida corte sólo pasan por anchas vías; sólo visitan monumentos y teatros magníficos; siempre se les aparta de los suburbios, de los escenarios de tristeza y desolación, de los sitios en que la miseria se extiende y la protesta se exterioriza.

Y si viajan... Entonces las poblaciones se visten para recibirles. De igual manera que Potenkine supo presentar a Catalina II una Rusia de cartón con hermosos jardines, palacios y granjas, con sus habitantes risueños, para ocultar a sus ojos las estepas heladas en que el mujik arrastraba sus harapos de siervo, así los acompañantes del monarca saben disponerlo todo de tal manera, que las ciudades, las aldeas, las fábricas, los puertos, aparezcan opulentos aun siendo miserables, activos cuando son más ociosos, y alegres cuando todo lleva en ellos impreso el sello imborrable de la desolación y de la tristeza.

Después, cuando se aleja el soberano, las calles recobran su aspecto de aduar; vuelven a presentarse las tropas de mendigos. Las fábricas apagan su vibrante y sonoro martilleo. La plata y el mármol desaparecen, y todo vuelve a quedar, hasta los semblantes, en esa tristeza y desabrimiento que son su verdadera faz de todos los días.

EL AMOR

BUSCAMOS el amor, y el amor es la muerte. Olvidamos la misteriosa relación del *Orcus* y el *Amorcus*. Si prestáramos atención a los rumores de lo ignorado, escucharíamos, no pocas veces, una voz que nos gritaría: —¡Insensato! ¿No sabes que se muere por eso, porque se ama? ¿Ignoras que la pasión agosta y envejece, que el placer aniquila, y que tan sólo es a los seres permitido amar a trueque de morir? ¡Corre tras el amor, pero sabe que corres a la tumba! La vida es sólo un beso macabro que comienza la madre y acaba el gusano! Y ese gusano también morirá, porque el amor circula en sus anillos.

LA RISA Y LA SONRISA

NO sé si ha sido Ruskin quien ha afirmado que hacer sonreír es un privilegio que los dioses disciernen. Provocar la risa estridente, homérica, puede conseguirlo cualquier persona, y aun cualquier objeto, con tal que le sea dado presentar el contraste entre el accidente y las leyes de la razón, que es el gran secreto de lo cómico. Hacer llorar es más fácil aún; cualquier mano poco piadosa tiene en su poder la clave de las lágrimas. Pero hacer fulgir en el iris ese destello que denota el contento, conseguir que la boca se contraiga dulcemente, que la pupila se dilate como ante un alegre panorama, provocar la explosión del bienestar sin fruncimiento ni sacudidas, eso no puede conseguirlo sino lo que es fuente de placeres humildes, lo que lleva en su interior impreso el sello del bien. El niño que prorrumpe en risotadas ante lo deforme, chillón y grotesco, sonríe a los pájaros, a las flores, al cielo tachonado de estrellas. Aristófanes, pintando en sus tramoyas a la Filosofía cabalgando en un tronco de fresno, provocaba las carcajadas de los libertos; solamente Menandro, mostrando las humanas flaquezas, sin encono ni grosería, evocaba la plácida sonrisa en los rostros de los ciudadanos de la libre Atenas.

LA FELICIDAD

LA felicidad! ¿Por qué ha de ser opuesta al bien? Si alguna misión trae a la vida este siglo es la de acabar con todos los dualismos: espíritu y materia, idea y realidad, pensamiento y vida, Dios y mundo, cielo y tierra, orden y libertad, capital y trabajo, felicidad y bien. Si el siglo XVI es un cilicio, el XX es una copa de oro en cuyo fondo la sabiduría debe estar desleída como las perlas de Trimalción.

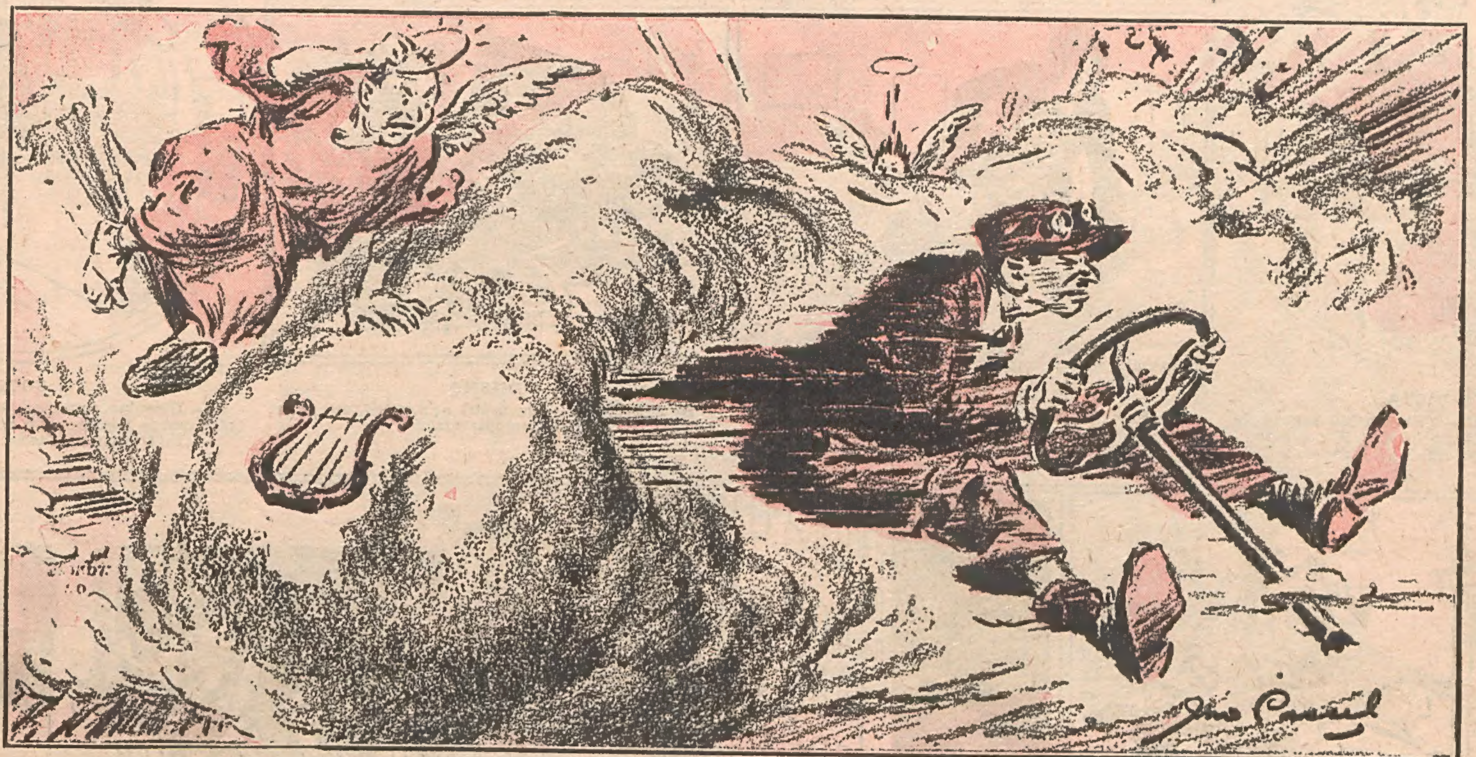
¡La felicidad! Es por ella por lo que se agita el asceta en su celda, y en su claustro la virgen, y en su tienda el soldado, y el marinero sobre las aguas salobres. Es por ella por quien pensamos, nos movemos y sentimos. Religión, Arte, Ciencia, Industria, son medios de alcanzarla. ¿Que la dicha es un sueño imposible? Dejadnos esa ansia de lo absoluto, que es el resorte de la vida; permitidnos que alcemos la mirada a la felicidad, como lo alza el minero al jirón del cielo, lleno de luminarias y esmaltes, desde el fondo subterráneo. Si vivir es dormir, hagamos lo que Hamlet y Segismundo: entornemos los párpados y ¡soñemos, alma, soñemos!

¿A qué tiene miedo usted?

Por **Claudio Marshall**

VIVIMOS, los habitantes de las grandes ciudades como Buenos Aires, en una continua, ininterrumpida excitación nerviosa, de cuyas resultas, cada día, aparecen nuevas enfermedades, nuevos desequilibrios, nuevas torturas físicas.

A todas esas inquietudes características de la vida moderna y sus complicaciones, hemos añadido una larga serie de temores completamente desconocidos, en su mayor parte, para nuestros antecesores.



Sueñan con andar por los aires, llevándose por delante al mismo Padre Eterno.

¿A qué tiene miedo usted?, podría ser la pregunta de una gran inquisición o "encuesta" popular tendiente a la averiguación, más o menos acertada, de cuál es, entre todos los "miedos", el mayor, aquel que más preocupa, que más atemoriza a los habitantes de la ciudad.

Pero mientras esa pregunta no se dirija al público, y él la conteste, podemos anotar aquí algunos de esos miedos confesados o inconfesables de los vecinos de Buenos Aires.

¿A qué tiene miedo usted?, preguntemos al primero que hallemos a mano, o si no, a nosotros mismos...

Y nos irán respondiendo, sin orden, sin concierto aparente, más o menos así:

"Tenemos miedo al tráfico de vehículos, mal organizado aún, pese a cuantos esfuerzos se realizaron hasta la fecha.

"A los conductores de autos, carros, coches, tranvías, ómnibus, no siempre prácticos en su manejo, no siempre serenos, no siempre impávidos como deberían de ser todos los conductores de vehículos, que odian la falta de espacio de que disponen en la tierra, y sueñan en andar por los aires llevándose por delante al mismo Padre Eterno.



No podríamos substraernos a un ataque cerebral...

"A los guardas — de tranvía, de ómnibus, de trenes, — siempre dispuestos a provocar un incidente.

"A las declaraciones como testigos ante la policía. (En nuestra ciudad la proporción de sordos y de ciegos callejeros es enorme. Cualquier agente policial lo sabe prácticamente. De cien personas que han presenciado un suceso callejero no se encuentra una sola que se atreva a decir que vió o que oyó. Las ciento leían su diario en ese momento. Las ciento sufrieron un ataque repentino de ceguera! Se pierde mucho tiempo en una declaración, se sufren demasiadas molestias, hay, con frecuencia, que soportar luego, desconsideraciones, malos tratos, impertinencias...)

"A la necesidad de concurrir a la ventanilla de una oficina pública.

"A verse precisado a proveerse de un pasaporte para viajar por el extranjero.

"A ir a averiguar el paradero de una carta extraviada en una oficina de correos.

"A iniciar cualquier expediente en un ministerio o repartición municipal.

"A pagar — ¡parece mentira! — el importe de un impuesto.

"A ¡cobrar! — más mentira parece, — un premio, chico o grande, de la Lotería Nacional... (Los que han tenido suerte de recuperar para sí parte del dinero que la Lotería extrae semanalmente al pueblo, saben bien cuántos sacrificios cuesta llegar hasta el mostrador de la administración, después de hacer una larga espera en la calle, bajo el rayo del sol, formados de dos en dos como escolares, sufriendo descortés vigilancia de una media docena de agentes de policía.)

"A ir al puerto para esperar a un viajero. (¡Amigos! Nadie sabe lo que es eso hasta que no lo sufre en carne propia!)

"A caminar, simplemente a caminar por las aceras de la mayoría de nuestras calles centrales. ¡No sabemos caminar! Empujones, codazos, pisotones, malas palabras, descortesía, lentitudes que ahogan o apresuramientos que lo llevan todo por delante, hacen temible el caminar por nuestras calles. A medida que la ciudad ha ido creciendo, una ola de *guaranguería* ha ido salpicándola y cubriéndola alternativamente. Si fué, durante mucho tiempo, verdad indiscutible aquella tontería de que la educación de un hombre se ponía de manifiesto en la mesa... de juego, puede decirse ahora, sin temor a equivocaciones, que esa educación se advierte en la vía pública, en el caminar por la calle. "Dime cómo caminas y te diré quién eres..."

Creemos, pues, que este temor, el temor a caminar por las aceras de nuestras calles centrales sería el que obtendría mayor número de votos en la "encuesta" popular de que hablamos. Nada de temer como dicen que temen en otras ciudades, a los ladrones, a los asaltantes, a los criminales. Entre nosotros el temor al delincuente se ve eclipsado por otros "miedos" mucho más fuertes, el miedo al solista, al que no teniendo nada que hacer ni nada que hablar busca la compañía de los hombres ocupados para conversarles estupideces. Este miedo nos lleva, hay veces, a verdaderos sacrificios. Por no tropezar con un latero, cruzamos la calle, a pesar de encontrarnos en la acera que nos conviene, doblamos la esquina, nos metemos en un café o, teniendo los botines relumbrantes, nos los hacemos lustrar. Porque — eso sí — si agregamos a todos los miedos que nos ha inspirado la calle, la compañía de un ser indeseable y su aburrida charla, no podríamos substraernos a un ataque cerebral, más grave, por cierto, que la misma insolación que tantos estragos está causando estos días.

Luego tenemos los nuevos miedos viejos, como ser el que inspiran los ataques de los limosneros.

Si la policía no se apresura a sanear la ciudad de la plaga de pordioseros que la ha invadido en los últimos meses, el miedo a aquéllos va a ser uno de los miedos más grandes que vamos a padecer los porteños. Los que viven de la caridad pública, hombres y mujeres andrajosos, se han multiplicado y han extendido sus dominios a lugares más apartados y en sitios más estratégicos. Viendo, sin duda, que el pedir limosna en el centro no era, en 1926, el brillante negocio de hace diez o más años, han sentado sus reales en los barrios suburbanos. Antes se pedía a la salida de la iglesia o de los teatros. Esa mujer andrajosa que se nos aproximaba arrastrando penosamente los pies, alargándonos una mano, mientras que con la otra sostenía un niño de pocos meses, hace su aparición ahora en las paradas forzadas de automóviles, especialmente en los pasos a nivel. Se aproximan a los autos lujosos, y el contraste es tan enorme, el contraste de esa gente paseando cómodamente mientras hay mujeres miserables que ni pan tienen para sus hijos, que el negocio es productivo. Y esta ofensiva que los pobres del centro, que los limosneros de las iglesias y de los teatros están llevando a los automovilistas, no deja de ser un consuelo para nosotros, pobres peatones que vivimos sobresaltados ante la posibilidad de que uno de esos automóviles, guiado por una persona caritativa, nos lleve por delante.



Uno de los grandes miedos que estamos padeciendo, es el miedo al calor. Desde que la gente comenzó a insolarse, se acrecentó el miedo. Ahora no sabemos qué comer ni qué beber. Demasiado alimento es mortal, y lo es también demasiada bebida. También se le achaca la culpa de la insolación al mucho trabajo, lo que ha estimulado ese miedo muy arraigado entre nosotros: el miedo al trabajo.

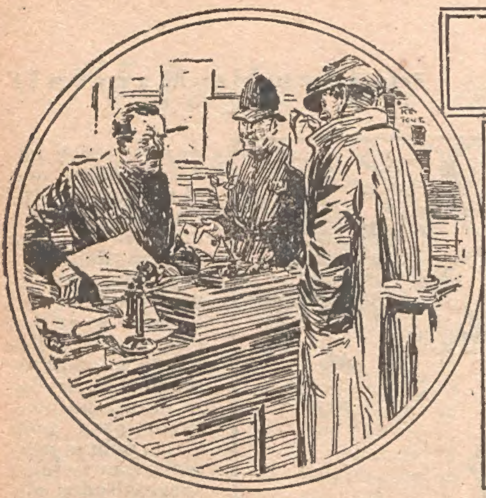
Esta clase de miedo la experimentan los vagos, los que siempre andan a la pesca de un empleo que nunca les llega. Leen un aviso en el diario pidiendo un empleado, y van a presentarse como candidatos. Caminan lentamente, con la esperanza de llegar tarde. Cuando se encuentran a la puerta del comercio o escritorio donde necesitan el empleado, tratan de entrar después que han entrado los otros candidatos, con la secreta ilusión de que les digan la frase sacramental y dulce de "Ya hemos tomado". Son miedosos del trabajo, a los cuales la injusticia humana califica de vagos, y el vulgo llama atorrantes.

Pero el miedo más grande de todos, es el miedo a la muerte, que es como quien dice "tenerle miedo al miedo"; porque fué, precisamente, con la idea de la muerte que apareció el miedo en la mente humana. El miedo a la muerte, ante el cual quedan hechos unos porotos los otros miedos, lo experimentamos a cada rato. Si lográramos hacer de manera de no acordarnos de que la muerte existe, se nos pasarían todos los miedos.

Algún día, hombres más sabios de los que ahora rigen los destinos de la humanidad, organizarán otros sistemas sociales donde, para ser verdaderamente felices, no se conocerá el miedo. Serán lugares ideales para vivir; allí todo será plácido, sereno, tranquilo y dulce. No habiendo miedo a nada, no habrá angustias de ninguna clase. La existencia, entonces, será ilimitada, nadie tendrá ganas de morirse, porque quedamos en que para suprimir el miedo es necesario suprimir la muerte. Pero una vida así tan plácida, o mejor dicho, tan chata, acabaría por aburrir a quienes la viviesen. En lugar del miedo, del cual nos quejamos de puro exigentes, caería el aburrimiento sobre la tierra. Las gentes se aburrirán en lugar de tener miedo, y entre miedosos o aburridos, todos estaríamos por los primeros, porque es el miedo, precisamente, uno de los enemigos más tenaces del aburrimiento.

Como se ve, el miedo que tanto nos preocupa, es un mal necesario. Sacarlo de la existencia sería privar a la humanidad de una de las emociones más grandes. La mayor parte de nuestras acciones llevan en ellas algo de temeridad, aunque sea en una ínfima dosis; en esa temeridad va mostrando la especie humana su amor al miedo. Si las calles de nuestra metrópoli no estuvieran, como lo están, plagadas de toda clase de peligros, nadie andaría por ellas.

Humorismo ajeno



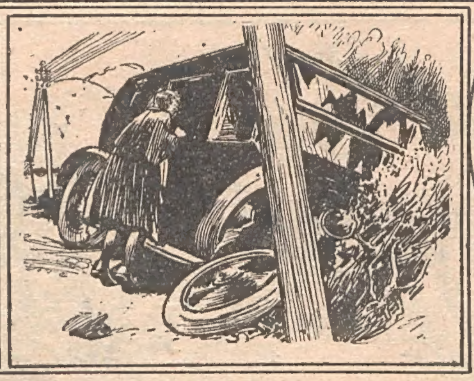
BUENA VISTA

El oficial de guardia. — ¿Está usted seguro de que era a las diez de la noche que lo asaltaron?
El asaltado. — ¡Ya lo creo! El ladrón se llevó mi reloj-pulsera.



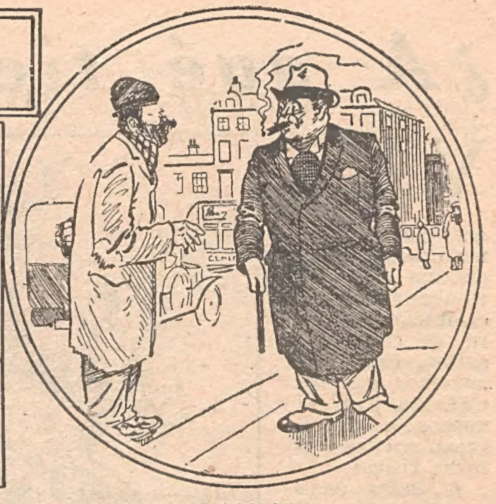
LA MUJER DEL ESCRITOR

— Estoy seguro que ese chico ha tirado mis manuscritos al fuego.
— No seas tan bruto, José; ¿no ves que no sabe leer?



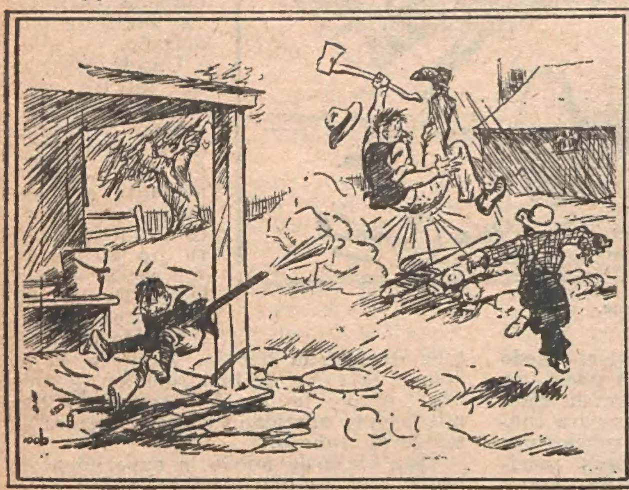
CINISMO

El chauffeur. — Es inútil que usted me grite; ¡dejaré el empleo inmediatamente!



SOCIOS

— Disculpe, amigo; acabo de darle algo a otro pobre hombre que estaba en la otra cuadra.
— Está bien entonces, señor; ése es mi socio.



¡A BUENA HORA!

— ¡Papá, Guillermito está jugando con tu escopeta!



LO INDISPENSABLE

Ella (al fugarse). — ¡Oh, Jorge, tenemos que volver a subir. ¡He olvidado el cisne y la polvera!

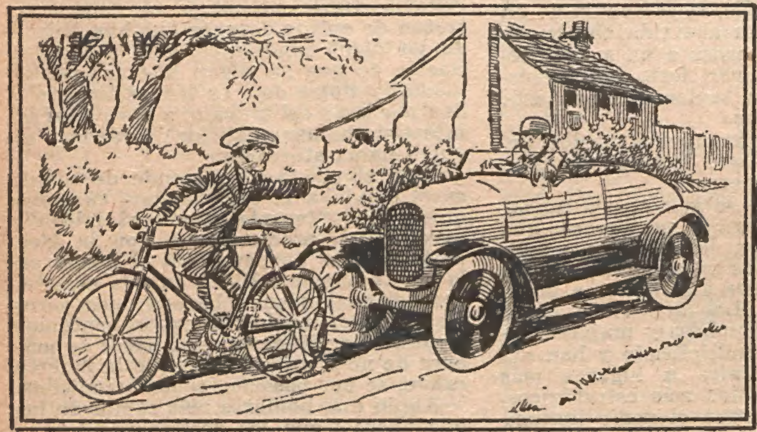


— Quiero un caballo de silla y de tiro. Uno que pueda llevar a mi esposa y a mis hijos, también útil para la máquina de cortar pasto.
— ¿No prefiere usted uno que sepa también cocinar?



LA COSTUMBRE

El director de orquesta a los cantores ambulantes que han cantado en coro para que se les dé una propina. — Si vuelven a ensayar ustedes la primera parte, no va a ser del todo mal...



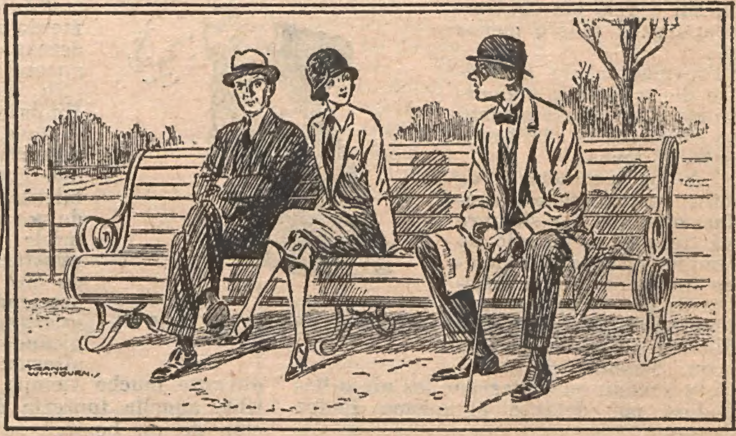
VENGANZA MODERNA

El ciclista. — Ésta no se la paso. ¡Se lo voy a contar a mi hermano mayor, que maneja un ómnibus!



LAS INJUSTICIAS DEL MUNDO

— Es una injusticia la que están haciendo conmigo. Yo toco aquí las mismas piezas de música que cantaba el finado Caruso, ¡y a mí me dan sólo veinte centavos por ellas!



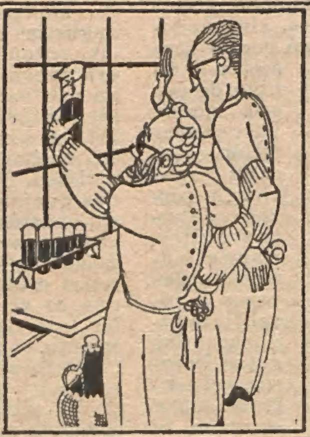
INDIRECTA

Ella. — Me dijeron, señor Smith, que usted ha ganado una copa por vencer en una carrera de velocidad y distancia. ¿No podría usted mostrarnos cómo hizo?



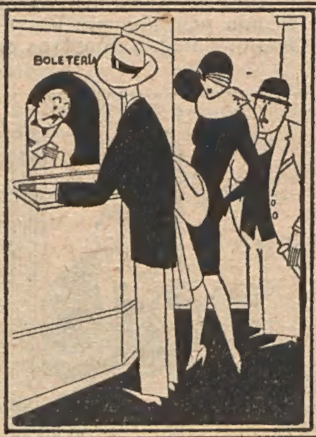
TEORÍA Y PRACTICA

Entrada de Mr. Smith, autor del tratado social "Cómo se debe entrar en un salón de baile".



EXPLICACIÓN CIENTÍFICA

— Dígame, doctor ¿por qué produce ruido el agua al caer en el fuego?
— ¡Los microbios que chillan al quemarse!



EN EL CINE

— Déme usted dos plateas lo más distantes posible.
— Tome usted estas dos sueltas, una de la fila 3 y otra de la 12.
— ¡No, hombre; quiero decirle lo más distantes posible de la pantalla!...



MENOS MAL

— Todo el día estoy peleando, ya sea con mi marido, con mi yerno o mi sirvienta.
— Menos mal; ¡siquiera tú tienes variación!



HOMBRE SINCERO

El huésped. — ¿Así que tuvo usted dificultad en reconocerme? ¿No le hizo su patrón una descripción mía?
El chauffeur. — Sí, señor; pero entre los pasajeros había tantos con cara de borrachines como usted...



MOMENTO OPORTUNO

El marido. — ¿Reconoces ahora que tenía razón al no permitir que te cortaras la melena?

Caricaturas de "The Passing Show", "London Opinion", "The Humorist", "Gaiety", "Judge", "Life" y "Buen Humor".

El amor de los simples

Por Epifanio Orozco Zárate



Yo también, prienda querida, te canto con tuita el alma...

"Le echan la agua del bautismo
a aquel que nació en la selva.
— Buscá madre que te engüelva —
le dice el flaire, y lo larga,
y dentra a cruzar el mundo
como burro con la carga."

HACETE a un lao!... ¡Siempre has d'estar lo mesmito que mojón, atajando el paso!

— Ta bien, ño Pedro; no es pa tanto.

— ¡Hacete a un lao!

— Yo no sé... Pande quiera que uno agarra se trompieza con el bulto d'este ladeao — dijo un peón. — Me está pareciendo que habrá qu'echarlo pa que se vaya...

El que tan duramente interpelaban salió de la cocina mirando con temor a los dos hombres. Era un mozo de unos veinte años, que había llegado días antes y, a cambio de unos pequeños quehaceres, se hospedaba allí. Una coz que le aplicó un caballo le había hundido la cadera del lado derecho, por lo cual caminaba inclinando el torso hacia un costado y arrastrando una pierna. Por sus defectos no podía ejecutar los trabajos remunerados y duros de las estancias, y se ocupaba en hacer changuitas: trenzaba lazos, componía arreos o tuzaba algún parejero. Estos comedimientos le servían para no dormir al raso y poder "pulpiar" un tiempo en cada estancia donde llegaba. No sabía dónde había sido su cuna ni quiénes eran sus padres. Sólo recordaba que, cuando era chico, lo llamaban Jacinto. Desde que aquel caballo lo inutilizó, llevaba una existencia miserable: siempre de agregado, soportando rezongos y cumpliendo órdenes, y recibiendo golpes hasta del último peón.

— Ladeao, barré ese galpón.

Y al que lo mandaba, como sin querer, se le iba la mano armada del rebenque.

— Ladeao, tusame ese pingo.

— Ladeao, componeme ese cabresto.

— Ladeao...

Y a todos, como sin querer, se les iba la mano.

No había terminado de hacer lo que le ordenaban, cuando ya oía:

— Ladeao, tendé las brasas pa'l churrasco.

— ¡Suerte perra!... — solía murmurar él. — Si yo no juera ansí...

Cuando "El Ladeao" llegó a Los Pinos pidió permiso para pasar la noche, y se lo concedieron. Al otro día se comidió en pintar una jardinera que hacía los viajes al pueblo, y estuvo en ese trabajo hasta que llegó la noche. Después se quedó. Siempre había alguna cosita que hacer, y el tiempo fué pasando.

Allí conoció a Antonia, una pobre desheredada, criada al azar del destino, la cual tampoco había conocido padres, y a quien no daban más nombre que el de Mulata. Era todavía muy niña cuando una vieja la llevó a Los Pinos. Desde entonces no hizo más que trabajar: inclinada sobre la batea, lavaba ropa de la patroncita; a veces cocinaba para los peones o cebaba mate para el capataz, un criollo bonachón, que le tenía cierto cariño y la trataba mejor que los demás moradores de la estancia, los cuales, siempre que tenían oportunidad, tomaban por blanco de sus pullas el rostro feo de la muchacha. Ella, de natural humilde, miraba con cariño, como queriendo conmoverlos, a los que así herían su amor propio de mujer, pues también soñaba con un novio. Anhelaba que a ella, como a otras muchachas, le hablaran dulcemente al oído, le regalaran algún pañuelito celeste o le cantaran una canción amorosa al son de la guitarra. Pero nadie le decía una palabra que estremeciera de gozo su corazoncito que, tímidamente, aguardaba las dulces emociones de un ensueño amoroso.

Cuando "El Ladeao" llegó a Los Pinos, ella lo miró con mucha lástima y, a escondidas de los otros, solía alcanzarle un mate o un pedazo de asado. A él también le inspiró compasión aquela muchacha a quien hacían blanco de burlas porque no era agraciada. Vió cierta simpatía en los ojos de ella, y la miró con dulzura, sin atreverse a sonreír. Pronto se estableció entre ellos una especie de mutua conmiseración. Si cuando se burlaba de la Mulata el que tal hacía hubiera reparado en "El Ladeao", no hubiera podido menos de asombrarse de ver sus puños crispados y la expresión de ira que le contraía el semblante; asimismo el que pegase a "El Ladeao" y luego fijara su vista en la muchacha, habría notado la mirada de torvo rencor que ella le dirigía.

Hay seres desdichados que parece han venido al mundo nada más que para ser el hazmerreír de los demás. Nadie se compadece de ellos; ninguno les tiende la mano protectora, y así viven sumidos en la amargura y el desaliento. Pero instintivamente se unen esas almas sin fortuna, y juntas, a veces, se ponen delante de la maldad de los hombres para pedir cuenta de las injusticias que con ellas cometieron. Es que entonces ha sonado la hora de la más noble de las rebeldías.

AQUELLA mañana el sol reía, gozoso, acariciando todo con la bondad de sus rayos. Los campos vestían de esperanza, y en las pupilas de las gentes brillaba la alegría de vivir.

La "Mulata", que había terminado de lavar, se llegó hasta un grupo de cinas cinas para tender la ropa. A la sombra de ellas "El Ladeao" "despuntaba el vicio" tomando unos amargos. Al verla llegar con los brazos agobiados bajo la carga de ropa recién escurrida, dejó el mate a un lado y se quedó contemplándola. Ella, al verlo, se detuvo.

— ¿Me ayuda a bajar esto, mozo? — preguntó.

Él, con la premura que su cojera le permitía, corrió a ayudarla.

Cuando colocaban las últimas piezas en el suelo, sus cabezas se rozaron. A ella se le encendió el rostro, y él palideció de emoción. Se observaron disimuladamente. Ella se puso a desplegar una sábana, mientras él buscaba, en vano, una frase linda para decírsela.

La "Mulata" dijo, con cierta timidez:

— ¿Me ayuda a tender?

— Güeno.

Cuando la ropa recibía, mansamente, las caricias del sol, y ella, con evidente desgano, se disponía a marcharse, él exclamó:

— ¿No me aceta un amarguito?

— Con mucho gusto.

Se sentaron uno frente a otro y, cuando se miraban, sonreían sin motivo.

Mientras sorbía un mate, ella preguntó:

— ¿Cómo es su gracia?

— Jacinto.

— Qué lindo nombre! Yo me llamo Antonia, pero aquí me dicen "Mulata".

— A mí "Ladeao" — dijo él, tristemente.

— ¡Qué mala qu'es la gente de aquí! A mí me da una rabia cuando le pegan a usté, que los agarraría a cascotasos... ¡Si yo fuera hombre, creo que les prendería una puñalada!...

Él la miró con sorpresa y casi asustado. Nunca se le había ocurrido que los que lo golpeaban merecieran tan duro castigo. Se había acostumbrado a ello.

— Que me peguen a mí no me importa — dijo. — Lo que me quema la sangre es que le hagan burl'a usté. Si yo no juera un disgraciao, que a penas puede con la osamenta...

Dejó inconclusa la frase, y se mordió los labios con ira.

Como obedeciendo a algo instintivo, "El Ladeao" aprisionó la mano con que ella le devolvía el mate.

— ¿Usté me quere, Antonia? — preguntó, con el rostro encendido y con voz temblante.

— Sí, yo lo quero.

— ¿Me quere de endeveras?

— Sí, de endeveras; con tuita mi alma.

Él, por primera vez, sintió que un beso de mujer le perfumaba la vida; el corazón de ella latió con gozoso apresuramiento, y los ojos se le agrandaron, luminosos y mansos.

Aquella noche "El Ladeao" no durmió. En vano se colocaba en todas las posiciones, revolviéndose sobre la matra que le servía de cama; inútilmente se cubría la cabeza con el poncho y cerraba los ojos, esforzándose en conciliar el sueño. Sentía una extraña embriaguez que le enardecía todo el cuerpo, y, por primera vez en su triste existencia, soñaba en las dulzuras del amor, en el hogar tantas veces anhelado, y el plácido deslizar de los días junto a la compañera de penas y alegrías. Soñando, olvidaba su mísera condición; olvidaba que él no era más que un agregado, y que nunca había cobrado sueldo por los trabajos que hacía en las estancias.

Convencido de que no podría dormir, arrojó el poncho con que se cubría, se levantó, y, saliendo del galpón, fué a sentarse sobre el tronco de un árbol. Allí se quedó contemplando las estrellas, y creyendo ver dibujado el rostro de Antonia en los dibujos caprichosos que formaba la luz de la luna al pasar por entre las ramas de un sauce.

Las primeras luces del alba los sorprendieron en extática contemplación. Recogiendo leñitas para hacer fuego, se fué alejando de los galpones. De pronto vió a Antonia que salía de un rancho donde dormía junto con una vieja. La saludó con la mejor de sus sonrisas, y, contento, hasta con el paso más ligero, fué a encender fuego para que matearan los peones, que comenzaban a levantarse.

NO sabe una cosa, don? — le preguntaron al capataz.

— ¿Qué cosa? — inquirió éste.

— Que "El Ladeao" se le anda apareando a la "Mulata"

— No ha i ser.

— Yo mismo los vide con los hocicos cuasi juntos, y más prendidos que tirador ajustao.

— Y güeno, si es ansina, que Dios los ayude. Al fin y al cabo, son cristianos, mesmo que nosotros.

— ¿Ande van a dir que más valgan? Si d'esos lazos no se saca un tiento — dijo don Pedro, el domador.

El capataz se alejó.

Un peón que venía del lado de los galpones se dirigió al grupo, diciendo, alborozado:

— Acabo 'e descubrir un entripao.

— Güeno, soltalo — le respondió el otro.

— Áhura verán: risulta que me fuí a buscar al "Ladeao" pa que me arreglara una manea, y, cuando iba yegando al galpón, siento que alguien conversaba; mi acerco, despacito, y me los vea al "Ladeao" y a la "Mulata" prendidos 'e las manos, cuasi besándose, y hablando e zonceras. ¿A que no saben qué le decía "El Ladeao" a la "Mulata"?... Qu'el también l'iba a dar una serenata, como hacen los demás mozos.

— Y, ¿pa cuándo v'a ser esa función? — preguntó el domador.

— Pa esta noche.

— Güeno, entonces prieparensé pa rairse.

— ¿Y si el mozo canta lindo?

— ¿De ande yerba?...

Serían las doce de aquella noche cuando el domador y los peones, que se habían escondido cerca del rancho donde dormía la "Mulata", vieron llegar a "El Ladeao". Venía con muchas precauciones, y miraba a todos lados, con gran desconfianza. Se detuvo frente al rancho donde dormía la "Mulata", y sacó una guitarra de entre los pliegues del poncho. Con dedos torpes arrancó de las cuerdas algo que semejaba un estilo. Su voz clara, aunque poco segura, rompió el silencio de la noche.

Yo también, prienda querida,
te canto con tuita el alma...

Un coro de carcajadas que estalló cerca de él cortó la voz en su garganta, y le hizo caer la guitarra de entre las manos. Un grupo de peones con el domador a la cabeza llegó hasta él, y lo rodeó.

— ¡Seguí cantando, che, payador!

— ¡Qué linda voz pa pedir prestao!...

— Dale a la encordada hasta que se dispierte tu prienda!...

Y las risotadas lo aturdían.

Los miró, y con el semblante rojo de ira y los labios contraídos, dió un paso atrás, mientras desenvainaba el cuchillo.

— ¡Oiganlé al malo!...

— ¡Ja, ja, ja!...

— ¿A quién te le animás, che?

Y mientras los de atrás lo empujaban de uno a otro lado, los de adelante le pegaban en la cara con los flecos de los ponchos.

El pobre "Ladeao" huyó, arrastrando

Dibujo de Biondini

su pierna defectuosa, y sintiendo, como marcas de fuego, las lágrimas que le quemaban el rostro.

En el interior del rancho, la "Mulata", que se había quedado despierta para escuchar la serenata de su novio, también lloraba, apretándose la cabeza con las manos e interrogando a Cristo:

—¿Por qué, Señor, vos que sufriste, permitís que nos aporrien, si nunca l'hemos hecho mal a naides? ¿Por qué, Señor de los desamparados?...

Afuera seguían las risotadas y la jarana de los peones, que se habían apoderado de la guitarra.

HABÍAN comenzado las yerras, y en Los Pinos se notaba un gran movimiento. Toda la peonada se entregaba a la tarea de herrar y marcar los animales, y las mujeres a los preparativos de las diversiones que la yerra trae aparejadas. Nadie escapaba al movimiento general, y, mientras unos arreaban animales, otros preparaban las marcas y las herraduras. Los gauchos lucían su destreza en piales que tumbaban al animal, trabándole las patas o que lo aprisionaban tomándolo limpiamente de las astas. La caña, que circulaba en grandes frascos, acentuaba el entusiamo y el ardor de los que trabajaban, soportando los tirones que las bestias pegaban al ser aprisionadas por el lazo. Aquellos que habían concluído su tarea de arrear animales y los que cuidaban el asado con cuero, jugaban a la taba, por pequeñas apuestas, cerca del sitio donde humeaba el cuero quemado por la doble brasada de fuego. Un payador, que había llegado atraído por las fiestas, cantaba improvisaciones para el dueño de la estancia y la familia de éste, que formaban rueda con el comisario, el juez y otras autoridades del partido.

"El Ladeao" andaba acarreando leña para la cocina, donde la "Mulata" amasaba, y una vieja freía los pasteles que otra mujer preparaba. El calor era sofocante, y "El Ladeao" sudaba copiosamente y tenía el rostro encendido, como si fuera a insolarse.

Don Pedro, el domador, que se paseaba tratando de que todos vieran el soberbio gateado en que andaba cabalgando, vió lo que hacía la "Mulata", y, sonriendo perversamente, fué a colocarse detrás de la cocina. Cuando "El Ladeao" llegó con su carga de leña, él se colocó junto a la puerta. Cuando "El Ladeao" salió y, tras él la "Mulata" venía sosteniéndose un pliegue del vestido, el domador se encaró con ella.

—¿Qué yevás áhi?

—Nada, ño Pedro...

—¿Cómo nada? ¡A mí no me vas a hacer zonzo!

—Yo no...

—¿A ver qu'es eso?...

Y pegó un tirón del vestido de la muchacha.

El pastel escondido cayó al suelo. Ella rompió a llorar, y él tronó:

—¡Mandate cambiar de aquí!

—Pero, ño Pedro, por un pastelito...—dijo la vieja que freía

—Estas comienzan robando un pastelito y acaban levantándose con los ponchos y los recados...

—¡Ave María!...

El domador hizo un gesto despreciativo, y salió de la cocina. Al ver que unos metros más allá "El Ladeao" trataba de consolar a la "Mulata", que seguía llorando, se dirigió hacia ellos.

—¿Ansina que vos robabas pa darle a este desgraciao?

La muchacha levantó la cabeza, clavando en él sus ojos llorosos, y "El Ladeao" le dirigió una mirada de rabiosa impotencia. El domador lo advirtió, y levantando el rebenque lo dejó caer sobre las espaldas del mozo.

—¡Tomá pa que apriendás a mirarme de otro modo!...

—No me pegue, ño Pedro...—dijo, con el semblante encendido y voz reconcentrada.

—¡Qué no ti vi a pegar, maula!

Y levantó de nuevo el rebenque. La "Mulata" se interpuso, y recibió el golpe.

"El Ladeao" sintió una sensación de vacío en el cerebro y un ansia homicida le crispó las manos. Aquel golpe que él no había recibido, le produjo una opresión horrible. Miró cara a cara al domador y, enceguecido por la ira, le aplicó una bofetada que aquél contestó con un rebencazo. Ya sin noción de sus actos y con el solo impulso de su furor, el mozo desnudó el cuchillo y arremetió con la cabeza baja. El domador lo eludió fácilmente, y, riendo con ironía, lo golpeó de nuevo con el rebenque. Esto acabó de enfurecer a "El Ladeao", que, sin cuidarse de los golpes, siguió arremetiendo, siempre con el mismo resultado. "La Mulata" recogía cascotes del suelo y se los arrojaba al domador. Molestado éste por ese cascoteo, que le hacía más daño que el cuchillo de "El Ladeao", tomó el rebenque por la lonja y golpeó con energía la cabeza del mozo, el cual se desplomó sin sentido. "La Mulata" dió un grito de angustia, y corrió a auxiliarlo. El domador, sonriendo con una perversidad que lo hacía repulsivo, montó el hermoso gateado y fué a lucirlo, pasando, al tranquito, por en medio de la peonada, que ya daba fin a la tarea de aplicar marcas y pialar animales.

"La Mulata", que se había arrodillado, tenía sobre su regazo la cabeza de "El Ladeao", y, con el delantal, le limpiaba el rostro ensangrentado y le hablaba cariñosamente, tratando de infundirle sus consuelos.

. . . .

Después del mediodía terminó la yerra. La gente se apresuró a hacer los honores a los pasteles y la carne con cuero, mientras vaciaban las damajuanas.

Concluído el almuerzo al aire libre, todos se fueron acercando hacia uno de los galpones, en cuyo interior las guitarras y un acordeón preludiaban una polka.

—A ver qué moza quiere bailar conmigo... Ya se sabe que, aunque lerdo, soy siguro—dijo el comisario.

Y salió llevando del brazo una moza. Otras parejas lo imitaron, y dió comienzo al baile entre dichos y ocurrencias de los mirones.

Cuando terminó la pieza, el domador, que se había excedido algo en el beber, salió fuera del galpón para que el viento lo refrescase, y se quedó contemplando las matas de pasto que crecían ralas en ese lugar. De pronto, sus ojos tropezaron con una florcita de Patí, y se quedó contemplándola. Esa plantita, que crece guacha y desamparada, le hizo pensar en "El Ladeao", cuya figura desgarbada cruzó por su imaginación. Sintió antipatía por la plantita. Se levantó, y la aplastó con el taco de la bota. Volvió a sentarse, y al rato dormía profundamente.

Desde el galpón llegaban los acordes de un gato y el rumor de las parejas que bailaban.

Por el lado de los ranchos apareció la silueta de "El Ladeao". Venía caminando trabajosamente, y se apoyaba en la "Mulata". En su rostro amoratado se notaban las señales de los golpes recibidos. Al ver al domador dormido, su rostro se iluminó con un brillo salvaje. Como si su decaimiento hubiera desaparecido de improviso, se desprendió de la muchacha, y avanzó rápidamente hacia el domador. Ya junto a él, lo tomó de la garganta, sacudiéndolo, y sacó el cuchillo, a tiempo que le decía:

—¡Despertate, que te voy a matar, maula!...

El domador abrió los ojos y creyó soñar. No tuvo tiempo de saber lo que le pasaba. "El Ladeao" le hundió el cuchillo en el pecho. Al sentirse herido, hizo un esfuerzo por incorporarse.

"La Mulata", que se había quedado como atontada, comprendió el drama. Por su cerebro cruzó la visión de su novio preso, se vió otra vez sola, sin un cariño, como antes, y corrió hacia ellos. Cuando "El Ladeao" se disponía a herir de nuevo, le arrebató el cuchillo y, apartándolo de un empellón que lo hizo caer, se lanzó sobre el herido y lo atacó con saña.

Un peón, que iba saliendo, vió la escena y, pálido de estupor, corrió hacia adentro, gritando:

—¡Lo matan a ño Pedro!... ¡Señor comisario!... ¡Corran!... ¡Corran!...

Todos salieron precipitadamente. "La Mulata" se les encaró, gritando, mientras esgrimía el arma ensangrentada:

—Yo jui quien lo mató, porqu'era un maula que si aprovechaba 'e los que no podían hacerle frente. ¡Yo solita lo hi muerto!... Yevenmé presa.

Y rompió a llorar desconsoladamente. "El Ladeao, de cara a tierra, también lloraba inconsolablemente.

—Marchen—dijo el comisario a los que se habían apoderado de la "Mulata".

—Yo jui, señor comisario, yo jui—clamó "El Ladeao", con voz débil.

Pero nadie le oyó.

¡¡ASESINOS, MALHECHORES!!

El gremio más útil, es decir, el que presta mayores servicios a la humanidad, es, a menudo, insultado y apostrofado sin razón alguna. Nos referimos a los industriales y comerciantes de calzados. Frecuentemente oímos decir, y, francamente, también nosotros le decimos: *"los zapateros son unos asesinos, unos malhechores, me han confeccionado o vendido un calzado que es un martirio, me aprietan los pies como unas tenazas; los pies me arden como si caminara sobre brasas."*



Cuando esto acontece, no es el zapatero ni los zapatos los culpables de estas molestias. Consideremos que nuestros pies están aprisionados en nuestros calzados durante largas horas. En consecuencia los pies se dilatan, transpiran profusamente, produciéndose esas molestias de las que nos quejamos muchos mortales. Callos, durezas, ojos de gallo etcétera.

Si nos acostumbráramos a sumergir todas las noches, antes de acostarnos, los pies en una palangana de agua caliente, en la que se ha disuelto una cucharada del legítimo Polvo Pedicura, dormiríamos tranquilamente, levantándonos ágiles y dispuestos a soportar el calzado por largas horas. Las personas que usan el Polvo Pedicura raras veces padecen de callos, juanetes y ojos de gallo, pues, suavizando y fortaleciendo los pies, no hay lugar a estos enemigos de la humanidad.

El Polvo Pedicura es un producto que cuenta con diez y seis años de éxito, y cuya composición es del invento exclusivo de sus fabricantes, quienes lo han registrado y privilegiado a fin de que personas poco escrupulosas, y con un fin de lucro mercantil, traten de ofrecer un substituyente de este precioso producto, y contrariamente a los fines benéficos del Polvo Pedicura. Deberá pedirse siempre Polvo Pedicura en las buenas farmacias, tiendas y perfumerías, donde se expende al precio de un peso la caja.

¿Sabe usted...

— cuál fué el rey más aficionado a bailar el cotillón?
— la manera empleada por un magistrado francés para saber si un acusado era inocente?
— que el país más rico del mundo en esmeraldas está en la América del Sud?
— dónde existe la costumbre de comprar la novia antes de casarse?
— cómo es la situación de la isla donde desembarcó Robinson Crusoe?
— en qué país los acreedores se apoderan de los deudores para hacerlos trabajar?



Las disposiciones dictadas por las autoridades municipales de Bélgica, referentes al cuidado de los ciegos, merecen ser imitadas por los municipios de todos los demás países. En dicho país, los desgraciados que se han visto despojados de la vista, llevan una banderita, con la cual hacen señales en caso de necesitar ayuda. Vese aquí a un ciego, a quien acompaña un agente de policía, al cruzar una bocacalle en Bruselas

La isla de Juan Fernández que fué donde desembarcó el célebre Robinson Crusoe, está habitada por unas sesenta personas, que se dedican al pastoreo del escaso ganado que allí existe.

El país más rico del mundo en esmeraldas es Colombia. Los más bellos y costosos ejemplares de esta piedra admirada desde tiempo inmemorial en la corona de los reyes se han sacado de la república colombiana. Posee las famosas minas de Muzo y Coscuez. La producción de las valiosas piedras es incalculable, y el tamaño, brillantez y pureza de las mismas no tiene rival en el mundo entero.

La esmeralda que posee el duque de Devonshire, en poder de cuya familia ha estado por varias generaciones, es la más grande y diáfana que se conoce. Fué sacada de una mina de Colombia.

Delincuentes serviciales. El famoso magistrado francés Guillot poseía un profundo conocimiento de la psicología del delincuente.

Entre las muchas tretas que empleaba para sondear moralmente al procesado había una que no le fallaba nunca.

En cuanto tenía delante a un acusado, poníase a escribir cartas sin dejar de mirarle con el rabillo del ojo. De pronto dejaba caer la pluma al suelo, como por inadvertencia. Su teoría era que el culpable se apresuraba a levantar el objeto caído, mientras el inocente lo dejaba en el suelo. "Hay — decía M. Guillot — amabilidades y galanterías que un inocente jamás emplea con su juez.

El emperador de Austria, Francisco José tenía rara habilidad de bailarín. En su juventud se hizo famoso por su destreza en el cotillón. Había inventado varias figuras, que hoy son conocidas y adoptadas en todo el mundo.

Entre las innovaciones que esta danza debe al extinto monarca, mencionaremos el uso de ramos para las niñas y de lazos para los caballeros.

Tallarines animados es como llaman a uno de sus manjares favoritos los indios del lago Mono, en la California del Sud, y que no es otra cosa sino la repugnante lombriz de tierra.

El doctor Aldrich, que visitó esa región, tuvo el capricho de probar aquella rara comida, y, al hablar de ella, dice: "Este manjar tiene el gusto del aceite de linaza, y acabados de condimentar tienen el aspecto de pequeños dátiles, pero su olor es acre y penetrante."

Para nosotros no deja de ser repugnante la idea solamente de semejante plato.

Entre los zulúes, la palabra "padre", que ellos dicen "baba", no es sólo el título del rey, sino también el que los inferiores de todas categorías dan a sus superiores.

Vestían las mujeres griegas el peplo, llamado también camisa dórica, que era una túnica sin mangas, abrochada en los hombros. No solamente se sujetaba con broches, sino también con alfileres, para cerrar el costado que estaba abierto.



Éste es el mono más peludo que se conoce. Es un orangután que actualmente se encuentra alojado en uno de los más grandes jardines zoológicos de Estados Unidos. Al verse enfocado por el aparato fotográfico, trató de arreglarse lo mejor que pudo y adoptó esta pose para parecer más simpático

Cuando los deudores en Siam han dejado transcurrir seis meses sin pagar, los acreedores pueden apoderarse de ellos y obligarlos a trabajar en su provecho. Si el deudor se escapa, su mujer o sus hijos permanecen en esclavitud hasta que se ha cancelado el crédito.

Hay un sitio en Rusia donde se venden las novias. En Kamyshin, es costumbre que cuando un joven desea constituir su hogar se apersone al padre de su elegida y le proponga su compra. El precio de la muchacha casadera, bonita y bien educada, cuesta unos doscientos pesos moneda nacional.

La jefatura de policía de Nueva York adoptó para sus agentes unos corsés corazas, que han de preservarlos de las balas de los criminales. Dichas corazas están cubiertas de seda y son de acero de Noruega, pesando seis libras cada una.

Hasta hace poco no existían solteronas en el Japón. Por ministerio de la ley, al llegar a cierta edad, si no habían hecho elección de marido por propia voluntad, se les imponía uno al cual no podían rechazar.



Esta es la barca construída en 1732 para Federico, príncipe de Gales, y que está en exhibición en el Museo "Victoria & Albert", de Londres, donde ha llamado justamente la atención de los numerosos concurrentes por su rica ornamentación, toda ella a base de incrustaciones de oro y tapizados de púrpura. La lujosa barca parece, sin embargo, a primera vista, más de estilo y gusto oriental que europeo

La Musa Argentina

EGO

(De "Brotes Morados", libro póstumo que acaba de aparecer)

Por MARCOS LENZONI

Mi vida es como un suave remanso de agua clara
que se desliza en medio de un cristalino río;
transcurre así mi vida tal como la deseara,
lejos de la emoción y lejos del hastío.

Yo soy a modo de esos seres maeterlinckianos
que en el silencio buscan la norma de su vida;
yo sé de los serenos "trágicos cotidianos"
de la esperanza nueva, de la ilusión perdida.

Todo en silencio. Todo conmigo se apacigua;
mi espíritu es un cielo de infinitas quietudes,
donde la voz más alta conviértese en exigua
y donde los rumores han de ser beatitudes.

Huyo de los recuerdos. El pasado me inquieta.
Las añoranzas siempre fuéronme dolorosas;
al recordar, avívase mi pena más secreta
y mis viejos dolores retoñan como rosas.

Yo seguiré la senda de la vida tranquila,
propicia a los ensueños y a las meditaciones;
seré triste en las tardes oyendo un son de esquila
y alegre en las mañanas de rubias floraciones.

Y buscaré en los libros la ciencia de la vida,
sin alejarme mucho de la Naturaleza:
ellos han de enseñarme la senda florecida
que lleva hasta el eterno jardín de la belleza.

¡Vida contemplativa, vida interior e intensa!
He de encontrar tu cauce cristalino y sereno.
¡y así seré a menudo un cerebro que piensa
y a ratos un poeta y siempre un hombre bueno!

LO INMORTAL

Hasta que yo naciera, ¡cuánto predeceder!
¡Cuántos han tenido que nacer y morir!
Al paso de los siglos se formaba mi ser...
¡En cuántas existencias tuve que preexistir!

¡Cuántos seres, colmados de amor su juventud,
a otros seres, sus hijos, dieron el corazón!
¡Cuántas novias sintieron la amorosa inquietud!
¡Cuántos recios varones temblaron de pasión!

Y las madres... ¡Oh cuántas!... Por ellas he venido
a través de las razas y las generaciones:
¡cuántas opuestas sendas hacia mí han convergido!
¡Mi corazón es carne de tantos corazones!

Acaso, las más hondas corrientes de mi ser
vienen de algún lejano suceso insubstancial;
quizá tan sólo existo porque alguna mujer
arrancó hace mil años una rosa a un rosal.

De aquí cien siglos alguien que me deba la vida,
¿qué sentimiento mío tendrá en el corazón?
De aquí cien siglos alguien me deba la vida...
¿no hará triunfar, acaso, mi más vana ilusión?

Este concepto mío me hace optimista y fuerte,
y me infunde una clara, dulce serenidad:
¡No acabará mi vida cuando llegue mi muerte!
Pasarán los milenios, y en la posteridad,
me asomaré en mis gentes como el riego en la flor,
¡y amaré en los amores que encederá mi amor!

GREGORIO GONZÁLEZ DUNET

LA ROSA QUE ME DISTE

¿Por qué me ofreces flores
y pimpollos de rosas,
si tu amor es bastante
perfume para mi alma?
Esa flor que me diste,
fresca como tu carne,
sedosa cual tus labios,
me ha parecido el símbolo
del lirio de tu espíritu,
de la paz de tus voces,
del amor que me tienes...
Mientras la flor me dabas
contemplaba tu rostro,
y veía dos flores
a cual más primorosa:
una, frescor del alba,
otra, luz del crepúsculo,
serenidad del cielo,
limpidez de las fuentes.
cáliz lleno de amores,
copa de dulzor llena.
En el corazón guardo
la rosa que me diste,
pues me parece el símbolo
del amor que me tienes.

PABLO A. RAMELLA

MUSOLINA

(Del libro "Medallas", hace poco aparecido)

Y Musolina, el calvo, mugriento Musolina,
con su pipa, su panza y su temblor de fiebre,
como una mula vieja que busca su pesebre
se arrima a la negruzca taberna de la esquina.

Yo le invito y entramos. Luis, desde la cantina,
alarga sendos vasos. Espero yo a que enhebre
la aguja de sus cuentos. Hurga como una liebre
sus recuerdos, y empieza: "Estando en la Argentina..."

Pasa un indio, un verdoso hijo de otros países,
igual que un buda, impávido, en sus pupilas grises
los fuegos de la selva sagrada reflejando.

Un vapor la bahía atraviesa. La plata
de su estela salpica polvos de caminata.
Se lleva entre sus hélices mi corazón girando.

FRANCISCO IZQUIERDO

Información de actualidad



MUY ENTRETENIDO LE RESULTA al inventor húngaro Dionys Mihaly el viajar en ómnibus, pues lo hace con un minúsculo aparato de radiotelegrafía, sirviéndose de la barandilla del vehículo como de una antena

FOTO POTTER



ALGUNAS de las obras escultóricas hechas por los alumnos de la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, que se exhibieron con motivo del acto de clausura del año escolar. El director de la mencionada institución es el señor Carlos López Buchardo.



HERMOSO VESTIDO de soirée, de crêpe georgette rosa, de talle largo y pollera amplia, con adornos de rosas de seda

FOTO FAMOUS PLAYERS



MURCHISON, la maravilla del pedestrismo estadounidense, triunfó en Stamford Bridge, en la carrera de 220 yardas, con tanta facilidad, que aun tuvo tiempo, al llegar a la meta, de volver la cabeza para ver correr a sus competidores.

FOTO CENTRAL PRESS

APRENDIENDO A NADAR CON VITO DUMAS



EN LA MAGNÍFICA PILETA que el club Gimnasia y Esgrima posee en Palermo, todos los días practican el vigorizante deporte de la natación muchos de nuestros jóvenes, bajo la experta dirección del conocido nadador Vito Dumas. Conjunto de los bañistas en la mencionada piscina



UNA CLASE DE CONJUNTO, donde, a la par que se combate el calor abrumador del verano porteño, se inician muchos de nuestros muchachos en el cultivo de uno de los más sanos deportes que se conocen



VITO DUMAS, junto con Tiraboschi y algún otro, ha contribuído con la natación a que se esté formando una juventud fuerte, aleccionada en la cultura física, base de todo progreso y del porvenir de la raza



ENTRE LOS SOCIOS de Gimnasia y Esgrima, hay algunos bañistas que realizan notables saltos ornamentales, como el que se dispone a dar éste, uno de los más hábiles concurrentes

FOTO GONZÁLEZ ARRILI



TERESITA JAUFFRET ("La Gioconda"), simpática primera figura de la compañía de Rafael Arcos, muy aplaudida por el público porteño

FOTO F. BIXIO Y CÍA.



ESTÁ DANDO LOS ÚLTIMOS TOQUES el escultor Begni del Piatta a su obra titulada "El mar", original monumento que pronto ha de erigirse en Nueva York. En la estatuaria no se había hecho todavía nada semejante. Parte de la obra representa una ola, sobre la que vuela una bandada de gaviotas

FOTO PRESSE PHOTO



EN LAS TERMAS DE CACHEUTA (Mendoza), comentan los últimos acontecimientos políticos de la provincia los doctores Melo, Salvat y Villanueva

FOTO BEJARANO



TAMBIÉN SE ENCUENTRA EN CACHEUTA el doctor Miguel Jantus, en compañía de su esposa y de su hijo Jorge

FOTO BEJARANO

A la hora del baño, en Mar del Plata





CUANDO LA TEMPERATURA no es muy alta, sienta bien, después de la salida del agua, el baño de sol, que se aprovecha para la charla amena y gozar de la frescura de la playa

COMO SIEMPRE, los "pibes" son la alegría de la playa. Este diablejo, con los flotadores que se usan para salvatajes, ha improvisado un yate, con el que se divierte de lo lindo



TIRABOSCHI HA HECHO ESCUELA en la Argentina, y no son pocas las discípulas del hombre que cruzó el canal de la Mancha. Una de las más descollantes es la señorita Olga Heller



A LA HORA DEL BAÑO, cuando, con una sonrisa de satisfacción, mujeres, hombres y niños van en busca de la caricia del agua. Obsérvese, a la izquierda, la indecisión del niño que va a darse su primer baño de mar

A SEMEJANZA DE ATLANTIC CITY, la playa norteamericana, en Mar del Plata son muchas las bañistas que usan el cómodo "maillot", que se presta, más que ningún traje de baño, para que los movimientos gocen de mayor libertad





EXISTE LA ORDENANZA que obliga a bañarse con pollerita; pero muchas bañistas no la llevan, pues resulta muy incómoda, y hay que confesar que en esto tienen razón



LA SOGA LES INDICA A LOS QUE NO SABEN NADAR que no deben pasar más allá de su límite si quieren tener el veraneo en paz. Sin querer rivalizar con Tiraboschi, puede el pacífico bañista disfrutar del líquido elemento como los intrépidos nadadores



SIN DUDA, sonríe acordándose de que en Buenos Aires vivimos agobiados bajo más de treinta y seis grados de temperatura. Esa sonrisa, en esta época, sólo se puede ver en Mar del Plata

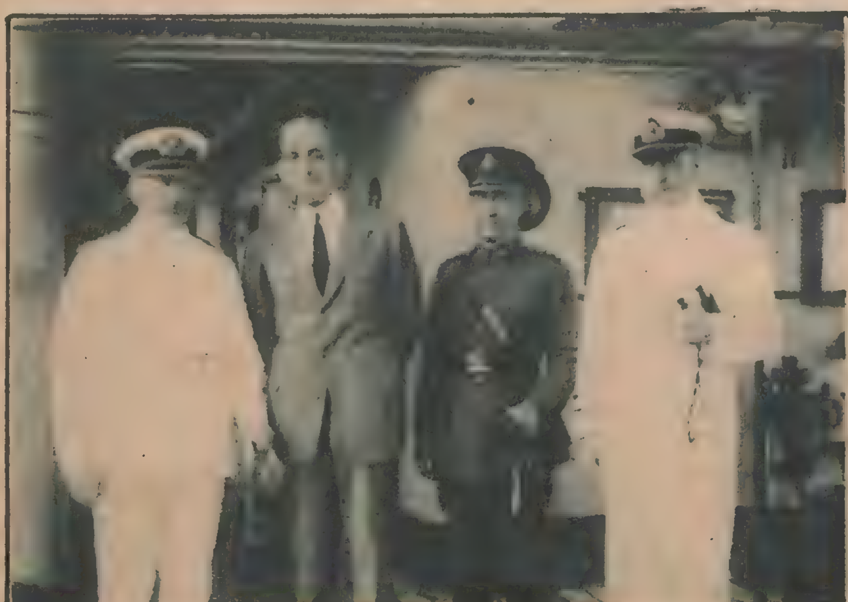
NOTAS DE MONTEVIDEO



SEÑORAS HOWARD FULLER de Pérez Gomar y Aroza Balparda de Aroza, en el paddock del hipódromo de Maroñas, durante la gran reunión hípica por el premio José Pedro Ramírez, que congregó a numerosas familias de la colectividad argentina y de la sociedad montevideana



NÚCLEO DE DISTINGUIDAS señoritas de la sociedad uruguaya, comentando las incidencias de las interesantes pruebas



A SU PASO POR LA VECINA ORILLA de la escuadrilla argentina que va en jira de estudio, el ministro argentino en el Uruguay, señor Lagos Mármol, hizo una visita a bordo de la nave "Rosario", siendo recibido por los capitanes Lapide y Guynar, y coronel Leneve



SEÑORITAS GARCÍA AROCENA, Lagos Mármol y Cantilo, durante un intervalo del programa hípico



FUÉ AL PUERTO, a recibir a la delegación del Jockey Club Argentino, otra compuesta por prominentes miembros del Jockey Club Uruguayo



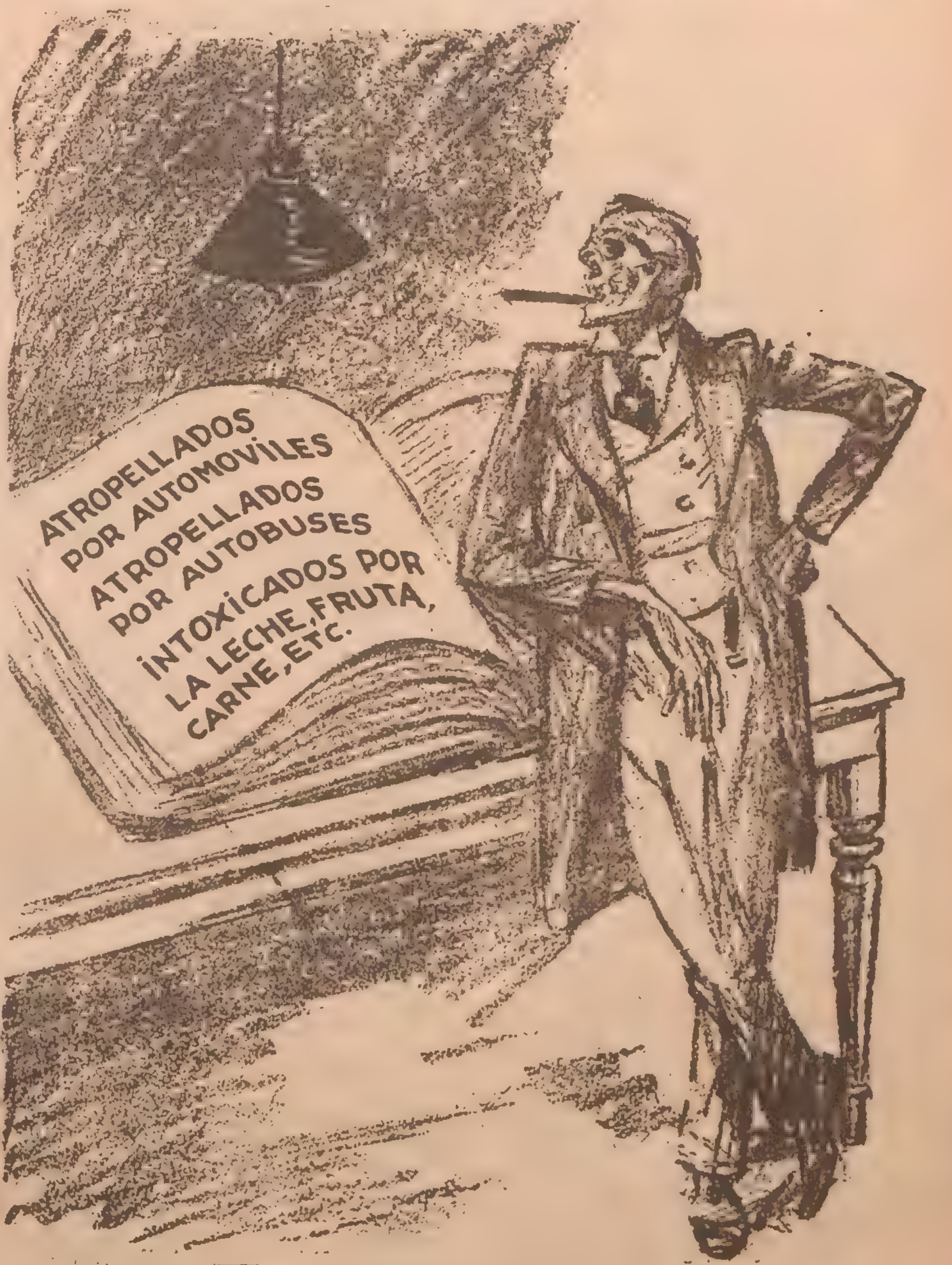
ENTRE LOS AGASAJOS con que los "turfmen" argentinos fueron obsequiados por sus colegas uruguayos, vale la pena mencionar el gran banquete servido en el mismo Jockey Club montevideano

FOTO ADAMI

El romanticismo de nuestras autoridades sanitarias

Por **Juan José de Soiza Reilly**

¿Por qué hay en los pueblos del interior tantos enfermos? ¿Por qué mueren tantos niños provincianos? ¿Por qué se ensanchan los cementerios? La política, los caudillos y la epizootia.



La muerte. — El negocio no ha andado tan mal este año.

LAS autoridades sanitarias del país son un poco románticas. Creen que las enfermedades se curan con carteles.

"Está prohibido escupir en el suelo."

"Si usted tiene tos, hágase revisar los pulmones."

"Evite usted el contagio de las enfermedades"...

A la ciencia oficial se le ha ocurrido que con estos cartelitos los habitantes van a vivir cien años. Cree, ingenuamente, que con esas leyendas logrará evitar que haya tantos enfermos, cuando su misión debiera consistir en evitar que cundan las enfermedades... Además, algunos de esos cartelitos de pared son inmorales. Revelan a las niñas que van al colegio el origen de los males secretos, abriéndoles los ojos sobre cosas que no corresponden a la pureza de su edad. Por otra parte, esos cartelitos asustan a las personas timoratas, haciéndoles ver epidemias y pestes y lacras en todos sus semejantes y hasta en ellos mismos. ¡Cuántos hombres y mujeres jóvenes, temporariamente enfermos, se han suicidado, creyéndose incurables de acuerdo con las amenazas de los cartelitos!

Convengamos. Los consejos dados en las paredes, son paredes y consejos perdidos...

Hace poco la policía, valiéndose de carteles amables, decidió aconsejar a los transeúntes pidiéndoles, por favor, que no se dejaran aplastar por automóviles y tranvías.

"Al atravesar las bocacalles —decían, más o menos, los carteles,— *tenga usted la bondad de observar si puede hacerlo. Observe si se aproxima algún vehículo, y no cruce sin antes estar seguro de que..."* etc., etc.

Un albañil estaba leyendo esos consejos en la esquina Entre Ríos y Méjico. Desde el fondo de su conciencia, el albañil mostrábase agradecido por la filantropía policial. Pero he aquí que (copiamos el relato de "La Prensa" del 24 de octubre) apareció detrás del albañil una *moto-sidecar*, dirigida por un auxiliar de policía. La moto, en una mala maniobra de su conductor, subióse a la acera. Se estrelló contra la pared y aplastó al albañil contra el aviso policial. Lo dejó allí como un sello de lacre...



En los mataderos de Buenos Aires habrá más vigilancia veterinaria, pero se sacrifican las reses en deplorables condiciones de higiene



El inofensivo helado puede ser causa de mortales afecciones

ANIMALES ENFERMOS PARA PERSONAS SANAS

OTRO defecto de las autoridades sanitarias es el *localismo*. Es decir, creen que los únicos habitantes dignos de librarse de las enfermedades, son los dos millones de habitantes que sudan en Buenos Aires. Los ocho millones que viven fuera de nuestra capital deben cuidarse solos.

En Buenos Aires tenemos, por ejemplo, buenos mataderos. Las reses que se sacrifican salen a la venta después de un examen más o menos severo de los veterinarios. Animal enfermo que va a sacrificarse, es apartado a tiempo por los inspectores y por los médicos zoológicos. Queremos suponer que, raras excepciones, los empleados sanitarios de nuestros mataderos bonaerenses cumplen con su deber. Pero, ¿y en los demás mataderos del país?

Un veterinario de conciencia nos contaba esta anécdota:

— Cierto abastecedor se ha enriquecido comprando a sus colegas todas las vacas tuberculosas y antráxicas que no pueden venderse en Liniers. Se creerá que dicho abastecedor es un doctor Albarracín que siente un inmenso cariño por los pobres animales enfermos.

— *¿Qué hace usted con esas vacas tuberculosas?* — preguntaron en confianza al abastecedor.

— *Hago plata* — respondió.— *Las compro con un 95 % de rebaja y las mando a los mataderos provinciales de los pueblos pequeños, donde a menudo no hay veterinarios ni inspectores.*

— *¿Y si hay veterinarios o inspectores?*

— *¡Oh! No me aflijo por eso. Tengo todo previsto. En mis libros hay siempre una partida titulada "Comisiones".*

¡Coi-mi-sio-nes! Esto también es romanticismo.

HAY QUE CUIDAR LA SALUD DE LOS NIÑOS PROVINCIANOS

LA mayor parte del personal que inspecciona en provincias el estado de las carnes de consumo es designada por influencias políticas. En La Rioja — contaba Joaquín V. González — el inspector veterinario *era siempre sobrino del gobernador*. La carne que se vendía al público resultaba, de continuo, mala y enfermiza. Pero sucedió que durante un período gubernativo la carne mejoró notablemente.

¿Qué había sucedido?

Nada. El gobernador no tenía sobrino. El empleo de veterinario hallábase vacante...

En otras regiones del país, más próximas a nosotros, tales como algunas ciudades y pueblos de las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, la política interviene de una manera vergonzosa. No sólo se designa al personal de los mataderos de acuerdo con las artimañas de los caudillejos, sino que también esos mismos caudillos amparan a los abastecedores que proveen al pueblo de carnes enfermas.

Es regla general que un abastecedor protegido por el caudillo de la localidad, no vea nunca rechazados los animales que lleva al matadero.

Así se explican esas largas procesiones de enfermos que llegan del interior, atacados de males provocados por las carnes epizoóticas. Vienen a Buenos Aires los ricos o los que, a costa de grandes sacrificios, se empeñan en curarse. Los demás mueren en sus pueblos y contribuyen al progreso edilicio con el ensanche de los cementerios.

Esas enfermedades del estómago, esos tumores intestinales, esos ántrax, esas enfermedades violentas, esas úlceras estomacales y demás flagelos incurables que azotan a nuestros robustos campesinos y habitantes de pueblos provincianos, ¿que son, sino el resultado de las carnes de animales infecciosos que salen de los mataderos con el "Visto Bueno" de los empleados públicos?

— No es posible calcular — nos dice un veterinario de conciencia — el número de víctimas que puede producir una res afectada por el *bacillus anthracis* que hoy infecta al ganado. Para darnos una idea que se aproxime a la verdad, pensemos en la cantidad de personas que comen de una res. Según las estadísticas, cada habitante consume, término medio, 400 gramos de carne diariamente. Establezcamos 500 gramos por persona y tomemos como tipo de comparación una res vacuna de 280 kilos solamente. Nos resultará *que de una vaca enferma de tuberculosis o de ántrax, habrán comido 560 personas.*

Y nuestro informante agrega:

— Se dirá que esa carne enferma, sometida a la cocción, pierde su virulencia. Es verdad. Pero los bacilos, antes de la cocción, han producido sus toxinas en los trozos musculares. Son toxinas que no pierden su acción por el fuego. Son venenos microbianos que provocan enfermedades graves, abriendo el camino a otras más graves aún... Además, el calzado, las manos de los obreros, los instrumentos de la faena, etc., conviértense en otros tantos conductores de gérmenes de epizootia que infectan las carnes de las reses buenas.

Hemos oído al doctor Aráoz Alfaro discursos llenos de asombro frente a la espantosa mortalidad infantil de las provincias:

— *Hay que cuidar la raza* — ha dicho. — *Los niños provincianos mueren en una proporción desoladora.*

Naturalmente. Causa horror el fracaso de tanta inocencia, que pudo ser fuerte. Pero más horroriza pensar que la culpa de esa desdicha se debe a la política, ¡a la política roñosa y canalla que protege a los asesinos de los mataderos!

Se nos dirá, con ironía, que todas estas frases que escribimos son vocablos echados al viento.

— *No se curan los males con palabras. Ni con cartelitos...*

¡Cierto! Hay que ir al grano con el bisturí. Directamente...

(Continúa en la pág. 24)





NOSOTROS TAMBIÉN TENEMOS aparatos para bañar a los caballos en la calle, como estos que hay en Nueva York. Con la diferencia que allá los usan, y en Buenos Aires, no sabemos por qué, nadie se acuerda de ellos, ni aun en estos sofocantes días de verano

FOTO PRESS-PHOTO

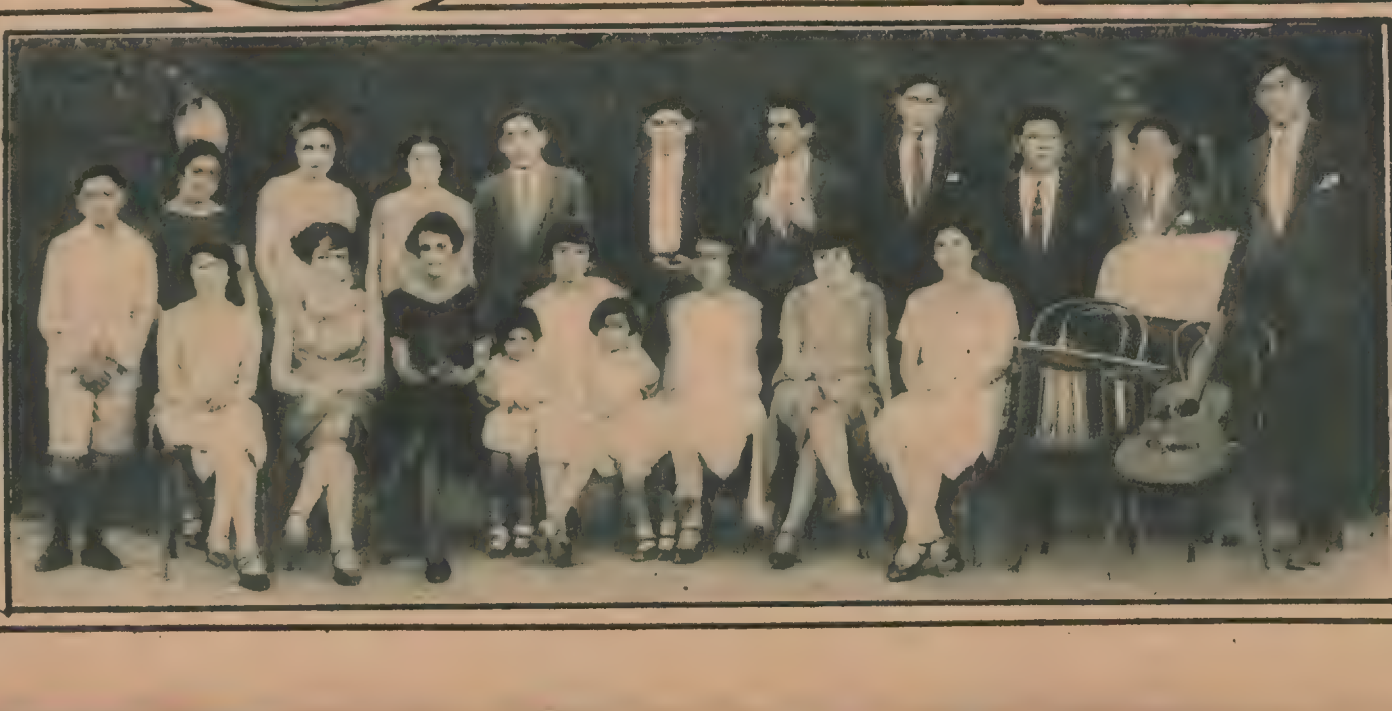
ADEMÁS DEL EXTRAÑO PEINADO, que es inoportuna reacción contra la melenita, esta fotografía tiene la particularidad de mostrar el último modelo de vestido para soirée, en París. Consiste en llevar como adorno pequeños espejos rodeados de perlas finas. Nótese la gracia del escote, que es de puntilla de plata con rosas dibujadas en relieve.

FOTO FAMOUS PLAYERS



LLAMÓ A CONCURSO una importante empresa de cine norteamericana, para elegir la muchacha mejor formada y hacerla intervenir en una película. La señorita Dorothy Knapp resultó triunfante, pero no aceptó la filmación, a pesar de la suma fantástica que se le ofreció con ese objeto. Aquí está, sin embargo, en compañía del director cinematográfico, y cualquiera diría que acaban de firmar el contrato

FOTO PRESS-PHOTO



ALUMNOS EGRESADOS de la Escuela Normal de Profesores de La Banda (Santiago del Estero), que se reunieron en una fiesta para estrechar vínculos de camaradería

FOTO ANGELOLI

Miscelánea del deporte universal

CÓMO EL MEJOR REMERO DEL MUNDO PERDIÓ UN CAMPEONATO POR PURA GENEROSIDAD DEPORTIVA

Fué en 1921, al disputarse la final de la "Diamond Scull", carrera considerada como la prueba más importante del mundo en remo. Tomaban parte en ella Jack Berresford, actual campeón mundial de remo y Van Eycken, un poderoso industrial holandés, de tabaco, que tenía mucha fama en el deporte por su corpulencia de gigante y su fuerza extraordinaria.



Jack Berresford, el mejor remero del mundo, que perdió un campeonato por demasiado generoso

Al salir en carrera, el holandés, un poco torpe, se llevó por delante una de las balizas colocadas al costado del tramo de la carrera, lo que lo dejó muy rezagado, pero Berresford, su rival, que con ese accidente tenía asegurada la victoria, paró a su vez, para esperarlo a Eycken hasta dejarlo ponerse a la par suya para recomenzar nuevamente la carrera. Este noble rasgo, le valió a Berresford una clamorosa ovación, pero en cambio le costó el triunfo, que fué conquistado por el holandés.

De todas maneras, Berresford, que ya se había clasificado campeón en 1920, volvió a ganarse el título en 1924 y en 1925, últimamente.

A 374 KILÓMETROS POR HORA SOBRE EL AGUA...

...fué ganada la carrera de hidroaviones por la copa Schneider, corrida en Massachussetts (EE. UU.) recientemente, y en la que el subteniente E. Doolittle se clasificó vencedor.

El circuito acuático recorrido tenía una longitud de 370 kilómetros y el promedio exacto del tiempo empleado fué



El hidroavión del subteniente yanqui E. Doolittle, que ganó la carrera por la copa Schneider, batiendo un récord mundial de velocidad

de una velocidad de 374 kilómetros 210 metros por hora, que constituye el récord mundial sobre esa distancia.

POR QUÉ FRACASAN MUCHOS RAIDS DE NATACIÓN

Gran parte de los raids de natación fracasan porque los que los intentan y quienes los entrenan no tienen en cuenta la marejada, factor muy importante para el buen éxito del nadador. El que tiene en cuenta las variaciones de las corrientes y marejadas y trata de aprovecharse de su fuerza, posee más probabilidades de realizar su propósito que quien no se preocupa de ellas y confía nada más que en sus propios esfuerzos.

El nadador consciente estudia precisamente ese importante detalle y hasta se arroja al agua en el momento propicio, es decir, cuando puede valerse de la ayuda de la marejada. Los que fracasan se olvidan de ese factor decisivo del éxito.

¿QUIÉN SUCEDERÁ A DEMPSEY EN EL CAMPEONATO MUNDIAL DE BOX?

Los norteamericanos, que no se resignan a la idea de que después de Dempsey pueda llegar al campeonato mundial de boxeo un hombre que no sea compatriota suyo, aseguran con toda seriedad que el "futuro campeón máximo que sucederá a Dempsey" es Gene Tunney.



Gene Tunney, el hombre que aprendió a boxear siendo soldado y que probablemente llegará a suceder a Dempsey en el trono mundial de peso pesado

Tunney, que hace cuatro años, no más, era un humilde mecánico sin ambiciones de ningún género en el ring, comenzó a practicar el deporte siendo soldado, y sus condiciones de boxeador ágil y veloz lo destacaron bien pronto entre sus compañeros, encumbrándose después rápidamente hasta llegar a ser campeón americano de peso medio pesado, y aunque con poco peso para llegar a peso pesado, sus triunfos sobre Carpentier, Spalla, Greb y Gibbons, lo han calificado como el más peligroso de los adversarios de Dempsey.

LOS "VENERABLES" SIGUEN ENTUSIASMÁNDOSE CON EL DEPORTE

Entre las variedades que día a día ofrecen las actividades deportivas mundiales, una de las más recientes y notables es la debilidad que los ancianos vienen demostrando últimamente por el deporte, y que proporciona escenas de amena originalidad para los amantes de las cosas raras.



Dos "venerables" judíos que con noventa años cada uno han tenido el coraje de realizar un match de boxeo en público

Así, por ejemplo, estos dos viejos venerabilísimos, que con barba y todo han realizado un match en el Hogar Judío de Nueva York a beneficio de dicha institución, constituyen un caso interesante de ese entusiasmo senil por el deporte. Son ellos, Pal Lewis y Benny Saionz, israelitas los dos, y, a los noventa años de edad, su "pasatiempo" favorito es el boxeo.

LA AMAZONA MÁS ELEGANTE DE ESTADOS UNIDOS



Miss Louisa Carpenter, la "amazona más elegante de Estados Unidos", vestida con el traje que le permitió adjudicarse ese título

Hela aquí a Miss Louisa Carpenter, la ganadora de un concurso de elegancia para modelos deportivos, en el que triunfó sobre más de diez mil competidoras, con el interesante traje de amazona que luce en el grabado, y que es una adaptación de un traje de sarao de hombre, muy sentador para mujer bonita como ella. Así, con un smoking, tubo, cuello y corbata, "breeches" y botas de montar, y con la melenita a la "super-garçonne", sería un poco difícil distinguirla de un jinete masculino.

Para reír un rato

ANALIZANDO

—¡Pero, Juanito! ¿Cómo es que llegas al resultado de cero, dividiendo 5124 entre 3?
—Muy sencillo, señor. Como usted me dijo que el cociente había de dar una cifra redonda... pues... ¡no creo que haya otra más redonda que el cero!



SENTIMIENTO

—Qué le contestó usted a ese canalla que estuvo esta tarde y que dijo que se proponía romperme la cabeza?
—Le dije que sentía mucho que el señor no estuviera en casa.

PUNTOS DE VISTA

—Le aseguro a usted que tengo bien estudiado el asunto. Debería reformarse la ortografía, suprimirse muchas letras que no hacen falta.
—No, señor... ¡Es usted un soberano idiota!
—¡El idiota lo será usted! Sepa que está hablando con un literato.
—¡Y usted sepa que está hablando con un fabricante de tinta!

NADA MÁS QUE UNA PARTE

Un individuo refiere que le han vendido judicialmente los muebles, dejándole tan sólo una cama y dos sillas.
—Vamos, lo indispensable — le dicen.
—Una parte, no más, de lo indispensable. Soy casado y me han vendido el bastón.



ESPECULADOR

—Si me prometes no decir más esa palabrota, te doy veinte centavos.
—No; porque sé otra que vale lo menos un peso.

DEFINICIÓN

—¿Qué es una cámara de diputados?
—Una sociedad de discursos mutuos.

EN CASA

La visita. — Lo que yo digo es que las visitas son siempre motivo de alegría para quien las recibe.
La dueña de la casa. — ¡Ya lo creo! ¡Cuando no proporcionan satisfacción al presentarse, la producen al irse!

MEJORANDO LA DOTE

—Encarnación — dice el novio, — ahora, como se están poniendo las cosas de caras, es preciso que tu papá mejore la dote.
—Sí, Jaime. Ya se lo he dicho.
—¿Y qué te ha contestado?
—Pues, que nos entregará el día que nos casemos, cien kilos de galleta, cincuenta de azúcar y cincuenta de arroz.

RESPETO A LA AUTORIDAD

—Pero, mujer, ¿cómo te has dejado abrazar por un vigilante?
—¡Qué quiere, señora! ¿Iba yo a cometer la tontería de resistirme a la autoridad?

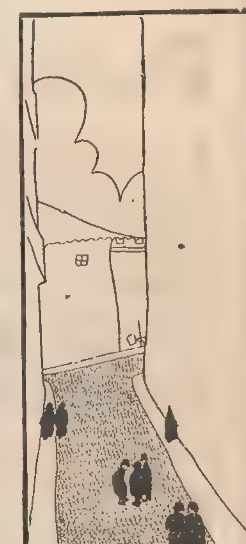
EN LA ZAPATERÍA

El dependiente. — Este botín es de medida más chica que su pie.
El cliente. — Está equivocado: Mi pie es de medida mayor que ese botín.
El dependiente. — Pero... ¡es lo mismo!
El cliente. — No, señor; no es lo mismo. Usted puede hacer un botín más grande, mientras que yo no puedo achicar mi pie.

ENTRE PELUQUEROS

—¡Demonio! ¡Vaya un tajo que le has dado a ese pobre hombre al que acabas de afeitar! Has estado torpe con él.
—No tal; lo he cortado a propósito porque amo locamente a su mujer. Esa herida en la mejilla derecha quiere decir: "Mañana, domingo, pasaré por su casa..."

UN PLEITO EXTRAÑO



AMIGO DEL ALMA

—Voy al entierro del pobre Muñoz, pero como no era amigo mío, voy bastante a disgusto. En cambio, si se tratara del entierro de usted, ¡iría de muy buena gana!

El señor Boncoeur hacía siempre el mismo camino para ir a sus asuntos.
Todos los días, un mendigo instalado en una de las esquinas de su ruta le alargaba la mano, y el señor Boncoeur depositava invariablemente diez centavos en el platito. Había llegado a ser para él una costumbre, que no alteró hasta que la esquina fué ocupada por otro mendigo.
Más tarde, al abrir el correo, el señor Boncoeur encontró una citación para comparecer como testigo en un pleito entre Juan Deuny y Gustavo Chapelot, dos nombres desconocidos para él.
Aun fué mayor su sorpresa cuando vió que las partes contendientes eran los dos mendigos que se establecieron en la esquina de su calle.
Y su asombro llegó a un grado máximo cuando vió que el segundo mendigo acusaba al primero de falsas alegaciones en un determinado pacto de traspaso.
Boncoeur supo que había sido vendido como cliente de seis pesos al mes, y que en el mes último sólo había dado tres.
El comprador había sido engañado en la calidad de la mercancía vendida, y, como es justo, pedía una indemnización.

DECLARACIÓN SINGULAR

El joven, de rodillas ante la linda Julieta, exclama con voz trémula y acento trágico:
—¡Julieta! ¡Encantadora Julieta! No me arrodillo a sus pies para implorar por mí. Vengo a pedirle solamente que piense en mi hermano Jorge. Él la ama, la ama locamente, adorada Julieta, y tiemblo por las consecuencias si usted se negara a escucharle. Está solo en el mundo, y necesita la protección y el amor de una cuñada. ¿Quiere usted serlo?

De millonarios a hombres "sandwiches"



NADIE ignora, por supuesto, lo que es un hombre "sandwich", pues se tiene muy a menudo la oportunidad de contemplar a este personaje, portador, las más de las veces, de un anuncio pegado en bastidores que le cubren el cuerpo por delante y por detrás, convirtiéndolo en un emparedado. Como se sabe, también en la Gran Bretaña y los Estados Unidos es donde más se hace la "reclame" por medio del hombre "sandwich".

En Londres, muchos de los individuos que van por la calle ostentando estos carteles de propaganda, ocuparon, en otro tiempo, altos puestos, y gozaron de buena posición social. Entre ellos, se encontraba un notable abogado que, habiéndose arruinado por el vicio de la bebida, llegó a ese humilde oficio. Hasta hace poco, figuró en la lista de los hombres "sandwichs" londinenses un viejo conocido con el apodo de "El sacerdote". No era éste un apodo en rigor, pues había sido un eminente vicario en un próspero pueblo de Inglaterra. El clérigo era un hombre que llevaba una vida de perfecta rectitud, pero su hijo, que había desatendido los preceptos que el padre predicaba, se hizo jugador y borracho, dejando al pastor en la miseria a causa de las innumerables deudas que contrajera. El pobre viejo se vió obligado a separarse de la iglesia, y dirigióse a Londres en busca de empleo; pero la fortuna no quiso favorecerlo, por lo cual tuvo que ingresar, finalmente, en el ejército de los hombres "sandwiches", en cuyas filas encontró, precisamente, a su hijo.

Otra víctima de la suerte que desempeña esta humilde ocupación, es un millonario que perdió su fortuna en una empresa comercial. Ese hombre lleva como disfraz un bigote caído, para que no lo reconozcan cuando pasa por el elegante club del que fué socio en su época próspera. Como éstos, se cuentan numerosos casos de arruinados que se "emparedaron" por necesidad. Además de hombres de alta posición social, se encuentran en las filas de los "emparedados" empleados que ocuparon, en un tiempo, buenos empleos, como también ex actores, funcionarios del ferrocarril y gran cantidad de representantes del ejército y la armada.





...cuando pase por el elegante club del que fué socio en su época próspera...

Antes de la guerra el número de "sandwiches" que había en Londres ascendía a tres mil; hoy día no alcanza a más de mil. El hombre "sandwich" londinense se viste de todas maneras, y lleva para cada anuncio una indumentaria apropiada. Así, por ejemplo, para anunciar los baños turcos, se pone un traje formado de toallas, y para hacer la propaganda de las funciones teatrales, se le disfraza ya de presidiario chino o norteamericano, ya de Carlitos Chaplín, etc.



Este era un notable abogado que, habiéndose arruinado por el vicio de la bebida, llegó hasta convertirse en "hombre sandwich"

Todos los años, en ocasión del cumpleaños del rey, los hombres "sandwiches" de Londres envían al soberano, por telégrafo, sus felicitaciones, las que son siempre muy agradecidas. Dicen que cierta vez, al acercarse el día del aniversario del monarca, se le ocurrió a uno de ellos esta idea, y desde entonces las congratulaciones de estos humildes portadores de carteles han ido a aumentar el número de plácemes que el monarca recibe con tal motivo.

La paga del hombre "sandwich" londinense no es nada espléndida, por más que se ha duplicado en estos últimos años. Actualmente se le da media corona, o sea dos chelines y seis peniques, aunque se le paga más por trabajos especiales.

En Buenos Aires tampoco faltan los hombres "sandwiches". Todos los hemos visto pasear por nuestras calles, llevando distintos letreros de propaganda. Generalmente, son pobres viejos derrotados, sin familia ni sostén alguno, a quienes la necesidad ha llevado a ese triste extremo. Pero también se ven, a veces, hombres jóvenes y fuertes, y esto causa un sentimiento mezcla de lástima y de indignación. ¿Por qué ese joven de treinta años se ha convertido en hombre "sandwich"? Es que en ocasiones, cuando se está mal entrazado, con el cabello y la barba crecidos, se tiene aspecto sospechoso y ninguno quiere dar trabajo a un hombre así. Se teme albergar a un delincuente. Otras veces es la haraganería, el abandono que de sí mismo hacen algunos hombres que sufren sus primeros fracasos.

De todas maneras, no deja de ser lamentable que la propaganda comercial se haga a expensas de la dignidad humana, porque no puede ser más humillante esa explotación del hombre.

El romanticismo de nuestras autoridades sanitarias

(CONTINUACIÓN DE LA PÁG. 19)

UN HECHO CONCRETO

VAMOS a historiar un hecho concreto. Ha sucedido en un pueblo importante de la provincia de Buenos Aires, en Bolívar, a siete horas de nuestra capital. Trátase de una población laboriosa y progresista, digna de mejor suerte.

Nos basaremos en documentos oficiales. Por otra parte, los antecedentes de este hecho — ocurrido en el mes de mayo — se encuentran en poder del gobernador doctor Cantilo. La Sociedad de Medicina Veterinaria que funciona en nuestra capital, calle Lavalle 1268, se ha dirigido, enérgicamente, al gobierno pidiéndole justicia... Pero... hasta ahora, nada. Y desde el mes de mayo...

He aquí un resumen de lo acontecido:

El inspector de los mataderos de Bolívar, doctor Antonio Díaz — médico veterinario, — cumpliendo su deber rechazó una de las reses vacunas del abastecedor don Carlos Pepe. La res estaba enferma. Su consumo hubiera provocado en 560 personas de Bolívar trastornos estomacales, vómitos, diarreas, etc. Al ser decomisada la res, el abastecedor mostróse indignado de que a un amigo del gobierno, como era él, le hicieran semejante porquería. Fué entonces que el veterinario ordenó, de acuerdo con el reglamento, que la res infecciosa permaneciera colgada para que el interesado formulara las reclamaciones pertinentes.

La Municipalidad de Bolívar se revolucionó. ¡Caramba! No era para menos. ¡Prohibirle a un amigo del gobierno que hiciera su negocio! ¡Qué falta de civismo!

El veterinario permaneció tranquilo. Y, horas más tarde, al volver al matadero, comprobó que la res ya no estaba. Un peón le informó:

— *La echamos en la laguna.*

El veterinario, doctor Díaz, quiso comprobar si aquello era verdad. Era mentira... La res había sido librada al consumo público por orden del caudillo local. Ya la habían comido 560 vecinos...

El veterinario presentóse en la Municipalidad de Bolívar para dejar constancia de su sorpresa. Sin embargo, la sorpresa verdadera la tuvo cuando el secretario de la comuna, con intención de convencer al veterinario de su error, lo tomó a golpes de puño con una energía que el veterinario no extrañó por hallarse acostumbrado a lidiar con su clientela.

Detrás de los golpes del Firpo de Bolívar apareció el caudillo oficialista, y, al día siguiente, el doctor Díaz era declarado cesante, nombrándose en su reemplazo al curandero del pueblo: un hombre curiosísimo, que si bien carece de título para ejercer la profesión de veterinario (como lo declaró públicamente la Dirección General de Higiene de la Provincia), disfruta, en cambio, del honor de otros títulos pintorescos que le da el vecindario.

EPÍLOGO

LEEMOS en el prestigioso periódico "La Verdad" de Bolívar (F. C. S.):

"Se ha solicitado de la Municipalidad la autorización necesaria para ensanchar el espacio del enterratorio en nuestro cementerio."

¡Viva la política! Y ¡viva la libertad bajo fianza... y bajo tierra!

La iniciativa, base del progreso

Por **A. López Oribe**



No se puede progresar como no se tengan iniciativas. La gran mayoría de los hombres son rutinarios, incapaces de desviarse de la senda que unos pocos trillaron con sus pasos. Así se explica cómo sólo contados hombres logran escalar alturas envidiables; son los inquietos, los emprendedores, los que no pueden vivir si no es proyectando o realizando alguna cosa.

¿Por qué todos los hombres no son como esos pocos? Porque los más prefieren una existencia vegetativa, sin grandes inquietudes, y se conforman si no les falta la pitanza diaria. La pereza mental les domina de tal manera, que no pueden concentrar la atención cinco minutos en una cosa. Esa inactividad intelectual engendra todas las demás, hasta el punto que muchos seres desarrollan nada más que el gasto de las energías indispensables para no perecer.

Sin embargo, hay que oír hablar a estos perezosos. Ellos son los hombres más sin suerte de la tierra, y a pesar que trabajan como unas verdaderas bestias, apenas si sacan para mantenerse. Los que progresan son, según ellos, los predestinados a triunfar fatalmente, o los sin escrúpulos, que roban o matan a medio mundo...

Fácil es advertir que quienes hablan así pretenden justificar su fracaso. La verdad es muy otra: jamás se distinguieron como hombres de iniciativas, y vivieron sin mirar más allá de sus narices, dentro del mezquino panorama que es dable contemplar a un espíritu sin inquietudes, huérfano de todo ideal, salvo el de llenar el estómago todos los días.

Pero es que para ser fecundo en iniciativas es necesario tener el espíritu cultivado. Una tierra que no ha sido labrada no puede producir frutos que valgan gran cosa, y es más fácil hallar en ella hierbas inútiles que plantas que rindan provecho. Si nos preocupáramos en cultivarnos más que en lamentarnos de la "mala suerte" que hemos traído al nacer, a buen seguro que nuestra vida sería bien distinta. Un hombre culto, si no es un holgazán, engendra iniciativas, produce ideas que pueden traducirse en acciones de utilidad, no solamente para él, sino para cuantos le rodean. Podrá pasar por épocas malas, en que las circunstancias no le serán favorables, pero esa situación no puede ser más que efímera en un ser que, como no carece de iniciativas, encontrará por fin su camino de prosperidad.

Gran parte de las criaturas humanas creen que son suficientes los conocimientos o aptitudes que poseen; tienen de sí mismas un concepto tan favorable, que, naturalmente, no se preocupan en adquirir más de los escasos recursos que poseen para la lucha por la vida. Pero llega un día en que, al presentárseles la oportunidad de hacer gala de sus portentosas aptitudes, se encuentran con que son incapaces de desempeñar el puesto o misión que se les ha confiado. Colocarán a otros más aptos que ellos, y entonces, llevándose las manos a la cabeza, exclamarán: "¡Qué hombre más sin suerte soy, Dios mío! He perdido este excelente puesto a causa de mi eterna mala estrella."

Porque está visto que ellos jamás reconocerán lealmente su incapacidad. Atribuirán su fracaso a factores extraños y nebulosos; nunca a su propia falta de aptitudes. Así continúan viviendo engañados respecto de sí mismos, que es el más triste y doloroso de los engaños, hasta que desaparecen del mundo sin haber construído nada, sin haber sido más que ceros en la aritmética social.

Claro que, al hacer el elogio de la iniciativa, conviene que advirtamos a los incautos algo muy importante: que las iniciativas, para que sean dignas de tal nombre, deben ser perfectamente realizables, pòrque, de lo contrario, resulta un estéril fantasear y ello puede conducir al manicomio. Se trata de planear cosas que pueden traducirse en hermosas realidades. No es la manía de proyectar y levantar castillos en el aire la que aquí se recomienda. Con eso no se va a ninguna parte, y es tan malo como carecer de iniciativa. Lo admirable y que merece ser estimulado es esa inquietud noble, que concibe lo que puede ser llevado a la práctica, y que representa, sin duda, el espíritu emprendedor del hombre que

no se resigna de ningún modo a vegetar.

Un jefe de una importante casa comercial me decía una vez que él seleccionaba a sus empleados de esta manera: elegía aquellos que eran capaces de hacer cualquier tarea de la manera más personal, más rápidamente y mejor. Se quedaba con los empleados que, al ocurrírsele una idea de cómo podía hacerse un trabajo más rápido y mejor, aunque se hiciese al revés de como se venía haciendo, no tenían empacho en decírselo. "El rutinario — me decía — jamás se atreve a hacer nada al revés de lo que lo ha hecho durante muchos años, y si se le ocurre, nunca tiene el suficiente carácter para manifestárselo a un superior. El empleado de iniciativa no. Ese buscará el modo más discreto para, sin molestar, decírselo a su jefe. Y éste es el hombre que vale, el hombre que yo elijo para mis oficinas."

Mediten estas palabras de un hombre emprendedor, lleno de iniciativas, que se halla al frente de una de las más importantes casas de comercio de Buenos Aires. Esas palabras entrañan una saludable enseñanza y explicarán a muchos el porqué perdieron su empleo tan misteriosamente...

Tener iniciativas, es vivir noblemente, con elevación, no a ras del suelo; es comprender que la vida del hombre sería bien poca cosa si no poseyera esas inquietudes de superarse que la dignifican. Encender en los espíritus la llama de esa inquietud, es preparar hombres de porvenir y encauzarlos por luminosos derroteros.

Los padres y maestros tuvieran que acicatear el espíritu emprendedor en los niños y enseñarles que hay que ingeniarse para bastarse a sí mismos, ser una criatura dinámica que reacciona ante el espectáculo del mundo y brega por conquistar el puesto a que todo ser humano tiene derecho.

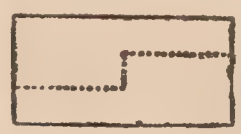
Si desde niños se hubiese alentado la iniciativa en muchos hombres, no veríamos a tantos flojos e indolentes por ahí, corroídos por el vicio o la miseria. Nacieron y se criaron en una atmósfera de rutinarismo y flojedad, y envenenados por ese ambiente, entraron en el mundo como soldados sin valor ni fuerzas para el combate. Los más aptos los fueron desalojando de los puestos, y continuaron cediendo terreno al ejército de los que luchan con ventaja, hasta que al fin terminaron por quedar relegados a un mísero rincón, donde no hacen más que vegetar como cosas sin alma.

¡Cuidemos a nuestros hijos del peligro! La falta de iniciativa es un mal más grave de lo que muchos suponen, y nada más triste que lanzar criaturas al mundo que nada harán por sí mismas, sino por sugestión o imitación de lo que vean. No serán verdaderos hombres, sino cosas, con el mínimo de espíritu humano, que se moverán sin ton ni son, a merced de quienes quieran dominarlas.

La iniciativa es la llave del progreso: con ella pueden abrirse todas las puertas, aun aquellas que permanecen herméticamente cerradas para todos los perezosos del mundo.

El rincón de los niños

EL PROBLEMA DEL CARPINTERO



Un carpintero fué llamado de una casa para que arreglara cierto desperfecto existente en el piso. El tamaño del agujero era exactamente de doce pies de longitud por dos de anchura.

El carpintero no tenía más que una tabla para hacer las reparaciones que se le pedían, tabla cuyas dimensiones eran ocho pies de longitud por tres de ancho.

Pues bien: el obrero tenía que tapar



el agujero con la tabla que tenía, y que no se le permitía partir más que en dos pedazos.

Cómo se las compuso el carpintero lo indica la línea de puntos en el primer diagrama, que es la manera como debía cortar la tabla y hacer que las dos secciones se adaptasen la una a la otra, como puede notarse en el segundo.

COMPRAVENTA RÁPIDA

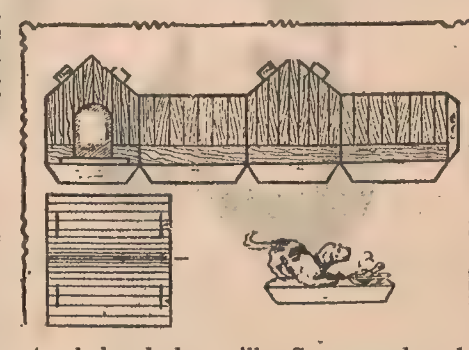
Los jugadores deben dividirse en dos secciones: "los compradores" y los "dependientes". Cada dependiente tendrá delante una silla con objetos pequeños, tales como nueces, dulces, etc. Debe haber número igual en cada silla. Los com-



pradores se sitúan al frente de los dependientes, y a la voz de "¡Ya!", cada comprador se dirige a su respectivo dependiente y pregunta por tres cosas, con las cuales vuelve al punto de partida. Y esto se repite hasta que la silla del dependiente queda vacía, tomando siempre de tres en tres artículos. Y el jugador que vuelve primero a su sitio con los últimos efectos del dependiente, gana el juego.

LA CASILLA DEL PERRITO

Se cortan los tres trozos, y se engoman en cartulina y se recorta el espacio en forma de arco del primero. Se doblan las partes que sirven de aletas, y se pliega siguiendo las líneas para hacer los cua-



tro lados de la casilla. Se pegan las aletas así unidas en un pedazo rectangular de cartón, que hace las veces de piso y otro exactamente igual para el techo. Luego se dobla la aleta del trozo donde está el perrito, y se coloca dentro o fuera de su casilla.

EL FUGITIVO



Julio andaba cazando sin permiso. En lo mejor de la tarea lo chista un vigilante. Corre desesperado porque teme lo alcance. ¿Los gentiles lectorcitos descubren el sitio donde se encuentra el celoso guardián?

El héroe del "Valle de la muerte"



El viejo Fairbanks, que ha vivido durante 25 años en el lugar más caluroso de la tierra

Treinta y ocho, cuarenta, cuarenta y dos grados a la sombra son temperaturas que, de sólo mencionarlas, nos llenan el corazón de congoja. ¿Cómo es posible, entonces, que haya quienes puedan vivir en una temperatura de 54° o 56° en la poca sombra que se encuentra a mano? Sin embargo, hay gente capaz de resistir esos calores, no por unas cuantas horas o unos pocos días, sino durante veinticinco años, como es el caso del viejo R. J. Fairbanks, único habitante del horrible lugar conocido por los viajeros y por todas las geografías con el acertado nombre del "Valle de la muerte", en California.

El viejo Fairbanks acaba recientemente de substraer a una muerte segura al 50º hombre. Cincuenta víctimas de esa temperatura de fuego, cincuenta casos de ineludible muerte han sido salvados gracias a la energía y gracias al hondo sentimiento de humanidad de este arrojado anciano.

El Valle de la Muerte está a unos cien metros bajo el nivel del mar. Los vientos soplan allí de sur a norte, y son vientos de fuego. Antes de llegar al extremo sur del valle, tales vientos han perdido toda la humedad; parecen alambres. La temperatura, a la sombra — porque no hay termómetro que la registre al sol — llega durante algunos días y semanas enteras, hasta 54°. El día más caluroso que se conoce fué el 13 de agosto de 1913, en que alcanzó a 57°. No hay plantas ni ningún ser viviente en ese lugar maldito. Los coyotes, especie de lobos, sólo se aventuran durante la noche; las serpientes de cascabel acaso abandonen los intersticios de las rocas donde viven y desciendan hasta el valle, pero sólo al anochecer.

Sin embargo, en el límite de ese valle, que es algo así como el umbral del infierno, ha vivido durante un cuarto de siglo el viejo Fairbanks. Qué razón puede haber tenido este hombre, para substraerse de esa manera a la civilización, es asunto en que nadie ha podido investigar. Fairbanks ha logrado resistir las inclemencias del tiempo; el calor de ese horno infernal ha surcado de hondas arrugas su cara y ha tostado su rostro; pero Fairbanks no se ha quejado jamás de las penurias que pasa.

Si en determinados momentos pasara un aeroplano sobre el Valle de la Muerte y desde las alturas se pudiera observar lo que allá abajo pasa, se vería la figura encorvada del viejo salir lentamente de su cabaña, mirar hacia arriba, para observar los círculos que en el espacio dibujan en su vuelo un par de buitres y luego, después de asegurarse a la cintura una cantimplora llena de agua, largarse en forma decidida hacia la entrada del valle. Y es que el viejo anacoreta conoce los misterios del desierto. Él sabe que allá, debajo de los buitres, un hombre, o varios hombres están en peligro de muerte; hombres a los cuales ha aprisionado el aliado más terrible y peligroso del calor: la sed. El viejo anda lentamente; de vez en cuando se detiene; mira la tierra, observa el cielo y toma pequeños sorbos de agua. Él también siente en su garganta el estrangulamiento de la sed y en su corazón la angustia de la muerte. Llega a un lugar donde la tierra calcinada parece removida. "Aquí tropezó; no debe andar muy lejos", piensa el viejo. Y continúa su penosa marcha; una marcha lenta sobre un colchón de tierra roja en el que se hunden los pies; sobre piedras llenas de aristas, como puñales calentados al rojo, en que los botines se rayan y se rompen...

A unos cien metros vió al extraviado, de espaldas, la cara al sol, vale decir, al fuego implacable. Tiene las ropas desgarradas; en las manos trozos de trapo. Se los arrancó él mismo en la desesperación suprema de sentirse morir. El moribundo es un hombre mucho más grande que el viejo; pero éste lo toma de la cintura y en un gran esfuerzo, se lo echa a la espalda. Luego lo lleva, así cargado, hasta la escasa sombra que unas rocas proyectan sobre el suelo quemante. Allí lo deposita en la tierra y derrama una pocas gotas de agua en sus labios agrietados y en su lengua ennegrecida y reseca. Pasan algunos minutos y Fairbanks repite la operación: otras gotas de agua. El hombre se ha movido, ¡se ha movido un poco, lo que quiere decir que está vivo! En la cantimplora no queda ni la mitad del líquido salvador.

Allí permanece sentado el viejo, al lado del hombre extraviado. A las cuatro o cinco horas el enfermo comienza a volver en sí. Pero parece un loco, un loco de sed. Quiere apoderarse de la cantimplora. El viejo se la acerca a los labios y el enfermo trata de agarrarla con sus dos manos temblorosas; su salvador la separa. Se produce una lucha desesperada; el sediento larga espuma e insultos por su boca rajada; el viejo, sin pronunciar una palabra, pone el agua más allá del alcance de aquél. Si le diera a beber todo lo que quiere, moriría.

Al anochecer, andando unas veces con sus propias piernas y llevado otras al hombro, el extraviado y el viejo llegan a Soshone, una especie de fortín con media docena de casas. A los pocos días ese hombre arrancado por el viejo Fairbanks de las garras del desierto, estará sano y salvo; pero no volverá jamás a aventurarse cerca del Valle de la Muerte.

El viejo Fairbanks piensa dejar el desierto. Interrogado por qué iba a irse de ese lugar, en el cual estuvo como enterrado durante medio siglo, el viejo anacoreta dijo:

— El número 50 me dió mucho trabajo. Debo de estar poniéndome viejo; ya no puedo cargar un hombre de 80 kilos, como hace un par de años. Pero no me iré en seguida; mientras esté aquí continuaré mirando al cielo y observando el vuelo de los buitres. Yo, por su manera de volar, sé lo que está pasando a mil metros más abajo. Cuando vuelan en círculos bajos, es un animal que está a punto de morir: una liebre, un coyote o un burro. Pero cuando sus círculos son abiertos y vuelan alto, es un hombre. Estos buitres del desierto le tienen miedo a los hombres. En cuanto ven que el hombre o el animal ha caído, ellos también descienden. Entonces es cuando yo debo apurarme. No, no he podido salvar la vida de todos los viajeros extraviados que recogí en el desierto. Once veces llegué demasiado tarde. He salvado a hombres, a mujeres y niños; una vez perdí a cuatro viajeros porque no me hicieron caso. Venían en automóvil, pero se les descompuso el motor. Como la sed los ahogaba, perdieron la cabeza, quiero decir que se pusieron como locas. Una india que los encontró, les dijo que se quedaran allí, que no se movieran, que ella iba a llevarles socorro; pero no le hicieron caso. En la desesperación, pretendieron atravesar el valle a pie; iban desnudándose poco a poco, dejando sus ropas en el camino. Salimos varios y los encontramos al anochecer. ¡Qué espectáculo tan terrible! Todos habían muerto enloquecidos por la sed y torturados por el calor.





LO LLEVA ASÍ CARGADO HASTA LA ESCASA SOMBRA QUE UNAS ROCAS PROYECTAN SOBRE EL SUELO QUEMANTE

LA FALSA EDUCACIÓN

Por ORESTE CIATTINO

Por la falsa educación reinante, de respetar más a un tinterillo de oficina que a un obrero, quien puede procurar emanciparse del trabajo manual, encaminándose hacia las profesiones liberales, confiando en su propia elevación y en la sociedad... Es, precisamente, por esa falsa educación que nuestra juventud no concurre a las escuelas industriales y profesionales, prefiriendo los colegios nacionales en donde adquirirá fácilmente un diploma, que cada día más se vuelve sin valor.

¿Cómo explicar esta tendencia frente a la imperiosa necesidad que el país tiene de brazos válidos para el trabajo y sus diferentes aplicaciones? El menosprecio, más aún, el desprecio del trabajo manual, prejuicio social heredado, la ambición de un apellido más respetado, también prejuicio social, la tendencia al parasitismo, que hace creer un envilecimiento el trabajo manual, producen esta excitación patológica. Esta llaga, entre nosotros, es verdaderamente cancerosa, cuya resistencia a los tratamientos profilácticos un poco se debe a la tradición y otro poco al desarrollo aun incipiente de los sistemas industriales en el país. El genio de la época, en cambio, se halla en la directiva industrial y en todos los esfuerzos por aumentar sus aplicaciones y el desarrollo de aquella directiva.

El chauffeur de S. E.

(CONTINUACIÓN DE LA PAG. 8)

A mí me gusta que adelantés... pa que rabien las muchachas del barrio cuando te vean casao con la hija'el ministro.

Rieron ambos. Después volvió a abrir el pico la encargada.

—¿No sabés la "chanchada" que t'hizo Elena?

—¿Cuál Elena?

—¿Cómo cuál?

—Ah, ¿no sabía, misia? Elena Rivas, la vecinita de la esquina. Es amiga íntima de la institutriz de las hijas del ministro. Ayer conversamos largo y tendido; y me ocurrió algo original: se me declaró.

—¡Te felicito, muchacho! Vas progresando. Se ve que tira el uniforme. Y decime: ¿de la Elena de acá?

—No sea indiscreta. ¿Con cuántas quiere que me case?

—No..., decía "nomás".

Ludovica creyó oportuno callar: el amor propio de Andrés podría desbaratar los planes de su sobrino. ¿La seguiría queriendo?

LOS diarios de la tarde traían, en grandes caracteres, la renuncia indeclinable del ministro Modorra, y su aceptación inmediata por parte del primer magistrado. Con esto la carrera de Andrés sufría el paréntesis más terrible. El conventillo ansiaba verlo llegar cuanto antes: una parte, para reírse de él; otra, para compadecerlo.

Cuando entró Andrés, cabizbajo, doliente, víctima de su propio optimismo, todas las miradas se dirigieron a él. Luego, a una enérgica señal de la encargada, los curiosos iniciaron el mutis. Quedaron solos Andrés y misia Ludovica, y atisbando desde sus respectivas habitaciones, el resto. Pablo miraba risueño hacia el cuarto de María Elena. Ésta, al fin, habíale dejado entrever una contestación afirmativa. Ella no podía quedar "pa vestir santos". La agorera profecía de misia Ludovica la aterraba. Ya que Andrés rehuía su contacto, ¿por qué desechar a Pablo, que después de todo, quizás la amase? Esto mismo habíale dicho su madre, añadiendo el tan consabido: "el amor viene con el matrimonio".

Elena, cansada de resistir, palpando la quimera de un amor imposible, estaba dispuesta a ceder. Se casaría con Pablo, aunque su fe, sus ilusiones estuviesen fijas en Andrés.

—¡Qué desgracia, misia Ludovica! —lamentóse éste. —Sin empleo y sin cariño.

—¿Qué decís, muchacho? ¿Te ha plantao la Elena aquella?

—Ni bien supo la caída del ministro me volvió la cara. ¡Claro! Ahora no soy nada. Muerto el perro... ¡Qué rabia! Y yo que me creía grande...

—Te pasó a vos lo que al grajo metido a pavo real.

—No creía que esa historia pudieran sufrirla los hombres...

—Si el hombre es también un animal, muchacho. Lo distingu'el uso'e la razón nomás. Bueno, ¿y por qué te despachó el ministro ese? Podría seguir usando'e tus servicios, como chofer particular.

—Es que se va a Europa con toda la familia. Me dió esta carta de recomendación para no sé qué señor muy rico. ¡Bah! Algún otro aspirante a ministro. Prefiero romperla...

—¡No, muchacho! —chilló misia Ludovica, evitando que Andrés llevara a término su decisión. —Esa carta es tu fortuna. Ya que te has metido a pavo real, seguí en tu papel. ¿No ves que de no, todos se reirán de vos? No te tirés a la "retranca", muchacho. Hay que hacer frente a la vida perra...

Misia Ludovica tornó a extrañarse de su elocuencia, pensando, "ipso facto", en su árbol genealógico. Su aparente entusiasmo (porque en todo ese discurso no había pizca de sincero aliciente) era hijo legítimo de la protección dispensada a su sobrino. ¿De quién sería María Elena si a Andrés se le ocurriera volver a la humildad de antes? Así tuviese la pregunta mil respuestas, misia Ludovica y la madre de la joven convenían en casarla con Pablo, disponiendo de ella como de cosa propia. ¿Y el amor? ¡Qué amor ni qué medias tintas! "Eso" era invención de poetas...

—¡Qué disparate, muchacho! ¿Volver a ser el chofer de taxi, o el mecánico de blusa azul, de manos callosas y negras de tanto andar entre fierro viejo y "asaite" apestante? Ni pensés esa locura. Vos naciste p'algo más que pa simple "taximero".

Como tocado por un alfiler, Andrés irguióse varonilmente. Se caló con energía su sombrero y dispúsose a partir.

—Tiene razón, misia Ludovica. Ahora mismo iré a ver a ese señor. ¡O triunfo... o no pisaré más este barrio! ¡Yo les voy a enseñar!...

PASARON muchos días: diez, quince, veinte; quizás un mes. Elena había dado en el olvido con aquel amor quimérico que le hiciera creer en Andrés y desconfiar de Pablo... Hoy considerábase dichosa al verse libre de la garra de éste, ya que a su obstinada negativa no hubo fuerza capaz de doblegarla. Pablo, no obstante, abrigaba remotas esperanzas..., máxime cuando Andrés era ahora un "pobre" chauffeur de auto particular.

Una bella tarde de estío, de esas que siempre preludian felices sucesos, salía Elena del mercado, portadora de una canastita con frutas. Su bien modelado cuerpecito cimbreaba al andar; y entre sus ensortijados cabellos las brisas, arremolinándose juguetonas, parecían cantarle himnos a su belleza, a su bondad, a su estoicismo...

De improviso, apresura su paso. Observa, no sin temor, que alguien la sigue en auto. Suena una bocina. Ella redobla sus pasos. Torna a sonar la bocina, esta vez más junto al cordón. María Elena, espantada, a un tris de pedir socorro, vuélvese, brusca, para increpar al atrevido "galán". Pero, ¡oh! ¿Qué es lo que ven sus ojos?

—¡Andrés!

Pero, no; ¡no es Andrés! El Andrés que ella conoce es orgulloso, despreciativo, infatuado de sí mismo. En cambio, "éste" es más gallardo, más varonil, más lindo... Sonríele con fascinante sonrisa. Viste un uniforme mil veces más lujoso que el de "aquel" Andrés de triste memoria.

—María Elena, ¿quiere subir? Voy a casa... ¿Usted va para allá?

¡La misma voz, el mismo gesto, la misma dulzura!... No, la misma no. Ahora es otro, completamente otro. Elena no sabe qué objetar, qué causa urdir para zafarse de ese "imán" que la impulsa a él...

—No, gracias... Me gusta caminar. Gracias...

—María Elena..., ¿me desprecia? ¿Me teme, acaso?

¿Temerle? No, qué esperanza. Y para probárselo subió al coche, sentándose a su lado.

—Ya está —sonrió. —No dirá ahora que le temo.

Andrés temblaba de emoción. Sus dedos corrieron el freno, indecisos. Dijérase que él no había "buscado" ese encuentro. Al fin el regio "limousine" se puso en marcha.

—¡Qué cambiado le encuentro, Andrés!

—Será por la dicha de tenerla a mi lado... y por mi nuevo empleo.

—Pero, ¿no estaba a servicio de aquel señor que le recomendó Modorra?

—Sí. Pero "ese señor" tuvo la buena ocurrencia de aceptar el ministerio vacante. Me gusta haberle dado esta sorpresa...

—¡Lo que es el destino!

—¡Cierto! Cae un ministro y sube otro. Se pierde un empleo y se conquista uno nuevo... Pero se pierde un corazón y no se vuelve a conquistar...

—No sea pesimista, Andrés.

—...O si se reconquista será para nunca más perderlo.

Ambos se miraron profundamente.

Llegaron. Al bajar, Andrés tomóle la canastita y, muy juntitos, entraron al conventillo. La sorpresa que ellos produjeron no es como para pintarla en dos líneas. El único que pareció reconocer al elegante chauffeur fué Pablo, a quien se le oyó escupir, rabioso:

—¡Psh! ¡Dios los cría... y el diablo los junta!

Se proyecta sellar al mundo entero



En casos de accidente o incidentes callejeros, ya no será posible ocultar la identidad: la monomarca lo pondrá en evidencia

YA no se extraviarán más las cartas; no habrá más misterios del cuarto amarillo ni de ningún color; no se perderán los pobrecitos niños; ni quedarán sin reclamar los mil y un artículos que anualmente van a parar al Departamento de policía; no se producirán pequeñas raterías en los colegios, en la sección roperos de los clubs ni en las redacciones de los diarios; no veremos más hombres por la calle, sin saber quiénes son ni adónde van. La vida va a ser más fácil, más dulcemente llevadera.

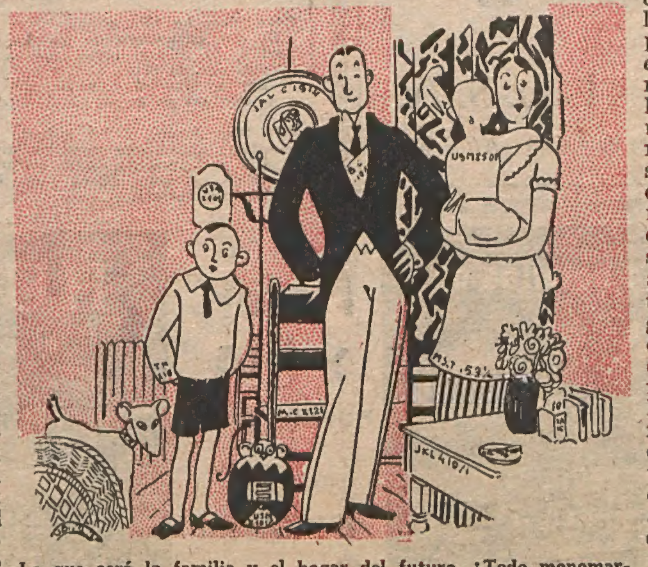
—¿Nos iremos todos a vivir al Paraíso?

La pregunta es razonable, pero se trata de otra cosa. La perfección de la existencia se realizará en este mundo tan detestablemente aburrido y deplorablemente organizado. Felicitémonos de que la vida de los seres humanos, de los animales, y aun de los mismos objetos sea, de hoy en adelante, una verdadera delicia.

Hace pocas semanas apareció en uno de nuestros diarios un telegrama, en el que, escuetamente, se daba cuenta del gran invento de un caballero inglés; invento cuya aplicación traería al mundo las delicias de que hablábamos más arriba. Es una idea tan fácil, tan ingenua, y tan ingeniosa al mismo tiempo, que uno se sorprende de que no se le haya ocurrido a uno mismo, al señor Alvear, al rey de España, al negro Raúl o al vigilante de la esquina. Se trata, simplemente, de lo que su autor titula Monomark, y que consiste, así, llanamente, en dotar a cada individuo de una marca especial, de una marca que serviría para individualizarlo en un par de minutos entre todos los ciudadanos del mundo. Es algo así como debieran ser las impresiones dactiloscópicas, pero mucho más simple y mucho más ingenioso.

POR QUÉ SE PIERDEN LAS COSAS Y LAS GENTES

ACTUALMENTE el número de objetos que se pierden, sin ser restituídos a sus dueños, es enorme. Pero la mayoría de las veces no se producen esas restituciones porque, en verdad, el extraviado no es el objeto, puesto que ha sido hallado, sino el propio dueño. Si se supiera dónde está el propietario de un objeto perdido, se le podría restituir inmediatamente.



Lo que será la familia y el hogar del futuro. ¡Todo monomarcados, hasta el pichicho!

Pongamos por caso que el señor Juan Carlos González Gómez, que vive en la calle Honduras número 4554, en el pueblo de Coronda, Provincia de Santa Fe, República Argentina, pierde un libro viajando por el territorio del Chubut, ese libro lo encuentra un caballero, que lo entrega a la policía, y ésta acaso se quedase con el libro, pero puede acontecer que resuelva devolvérselo a su dueño. Si el supuesto señor González Gómez tuvo la previsión de poner su nombre y su dirección — cosa que no creemos, pues ambas son demasiado largas, — quiza logre reunirse con su libro. Pero como en la mayoría de los casos los objetos que se pierden corren esa suerte por no llevar señal alguna, el señor Wílliam Morris, inventor del novísimo sistema llamado Monomark, tiene todo dispuesto para que nada se pierda.

EL SISTEMA YA ESTÁ EN EXPLOTACIÓN

NO se trata de simples fantasías. El sistema de identificación que motiva este artículo existe actualmente en explotación; está en manos de una compañía inglesa, de gran responsabilidad, como que su presidente es nada menos que Sir Sydney Skinner.

CÓMO SE APLICA EL NUEVO SISTEMA

SIENDO, como es, la cosa más complicada, resulta en su aplicación un asunto facilísimo. Todo es una combinación de números y letras, con los cuales irán marcados todos los objetos pertenecientes a una persona. Cada persona, hombre o mujer, chico o grande, poseerá su monomarca especial. Así, por ejemplo, el supuesto señor Juan Carlos González Gómez será registrado en la compañía bajo esta monomarca: RAG-M33B. Usará, entonces tanto en su ropa como en todo lo que a él le pertenece, esta monomarca. Esas letras y esos números aparecerán en sus pañuelos, en sus botines y hasta en el anca de sus caballos, si es que los tiene. Supongamos ahora que el señor de largo nombre y de la larga dirección pierde un paquete, paquete de cosas que acaba de comprar, pero en cuya envoltura tuvo

la previsión de poner su monomarca. Aquella persona que lo encuentre, si es persona honrada, se dirigirá a la sucursal más cercana de la Monomark Company, y allí hará entrega de su hallazgo. Los empleados de la compañía, guiándose por esas letras y esas cifras, pronto hallarán las señas del dueño de ellas, al cual retornarán el paquete.

La compañía que ya ha empezado a explotar este nuevo sistema de identificación se propone hacer una cosa universal, para lo que serviría de base el idioma inglés. Así, por ejemplo, el señor Juan Carlos González Gómez recibiría la base AR, correspondiente a "Argentine Republic". Si se trata de un comerciante recibiría una C. Tendríamos, entonces, que el monograma de ese caballero, para el control internacional del mismo, debería comenzar ARC, vale decir, República Argentina Comercio. Luego vendría la combinación que le asignaría la compañía, y que podría ser XT9V5.

Como se pueden usar letras y números, existen nada menos que treinta y seis símbolos diferentes, pues se cuentan las del alfabeto inglés, porque el uso de nuestra Ñ vendría a complicar el registro internacional. Tampoco se usaría el dígito 0 (cero), porque podrían confundirse con la letra O.

El número de combinaciones a que puede llegarse es enorme. Los símbolos son, como se sabe, treinta y cinco.

52.521.875 (treinta y cinco multiplicado por treinta y cinco cuatro veces).
1.500.625 (treinta y cinco multiplicado por treinta y cinco tres veces).
42.875 (treinta y cinco multiplicado por treinta y cinco dos veces).
1.225 (treinta y cinco multiplicado por treinta y cinco una vez).
35

54.066.635. Total de posibles combinaciones.

Con cuarenta y cuatro millones de combinaciones se daría abasto a un país de más de cien millones, porque una monomarca serviría para toda una familia; el padre, por ejemplo, podría añadir, para sus negocios, la letra C, que ya sabemos significa comercio.

La opinión de nuestros lectores

Esta página está abierta a todos nuestros lectores. Las colaboraciones no deben contener más de cincuenta palabras, y deben enviarse a la siguiente dirección: MUNDO ARGENTINO, "La opinión de nuestros lectores", Río de Janeiro, 254. Sólo se publicarán aquellas que se juzguen de interés y reúnan las condiciones de cultura y moralidad que siempre han caracterizado a esta revista.

¿Cuál ha sido su dolor más grande?

El mayor dolor que he experimentado en mi vida fué cuando mi único amado me dió a entender que amaba a otra mujer; desde entonces no tengo en mi vida más felicidad. — AMELIA.

* * * El dolor más grande que he experimentado es haber negado mi familia que mantenga relaciones con un muchacho a quien adoro. Ellos, como yo, reconocen que es buen muchacho, pero desgraciadamente no es de mi condición social. — MUY TRISTE *(Córdoba)*.

* * * Es que, teniendo novia, hablé a otra chica, y ahora a las dos las amo. No sé por cuál decidirme. — CHAUFFEUR QUE SUFRE *(Juárez)*.

* * * Cuando supe que a la mujer que yo amaba la habían engañado sus amigas al decirle que yo era casado; y como aun no he podido verla para aclararlo todo, sigo sufriendo con mi amor, que es muy puro. — ANDRÉS.

* * * El dolor que me embarga es el haberse instalado cerca de mi negocio otro de igual categoría, quien, con más éxito comercial, tiende a imponerse, lo que indirectamente influye para prolongar el casamiento que debo realizar con mi adorada rubia. — ÁNGEL P. *(25 de Mayo)*.

Los recuerdos son como los ecos de las pasiones: los sonidos que repiten adquieren por la distancia un tono vago y melancólico que los hace más seductores que el acento de las pasiones mismas.

CHATEAUBRIAND.

* * * Fué cuando desperté a la realidad de la vida y comprendí que hay seres en el mundo sin corazón, pues cuento con veintidós años, y a pesar de que creo vive, no he podido hasta ahora conocer y disfrutar del cariño de mi padre; ¡qué dolor más grande! — MAGDA *(Devoto)*

* * * Fué cuando recibí una carta de la joven que he amado con todo el cariño de mis quince años, diciéndome que no me molestara en seguir escribiéndole, porque jamás me ha querido. — J. F. *(Chaco)*.

* * * Hace varios años que una tristeza embarga mi corazón. Lo que me da rabia es que no hallo la razón de este estado de ánimo. No me han herido los desengaños, no llevo una vida de privaciones, y, sin embargo..., ese es el dolor más grande de mi vida. — PENSAMIENTO *(Tigre)*.

* * * Mi dolor más grande fué cuando el ser que yo amaba de todo corazón me dejó sin motivo alguno, y lo peor que hoy no tengo amor para otro. — J. F. *(Mercedes)*.

Confidencias

Para *Desilusionado* (Santa María):
Yo también, como usted, soy huérfana. Cuento diez y ocho años, y me veo aquí sola y triste, pero a pesar de todo, tengo la esperanza de que volveré a ser feliz. ¡Confío en Dios! ¿Por qué no piensa usted lo mismo? — MOROCHA MUY SERIA *(Sanatorio Santa María)*.

Para *Morocha* (Paraná):
Si por cualquiera de los dos siente la misma ilusión, lo mismo sería que aceptara el cariño de uno que de otro; el tiempo diría si es posible olvidar a Marcial o a Antonio, en el supuesto caso que así se llamaran. — RUBIO *(Paraná)*.

* * * Soy joven, y he sufrido ya muchos desengaños; ahora que pensaba tranquilizar mi corazón, se presenta una encantadora morocha que dice me ama. ¿Será como las otras? — BIOQUÍMICO *(Capital)*.

A *Indecisa* (Capital):
Las rocas más duras las corroe el oleaje; las riquezas más cuantiosas se concluyen, y el amor puro sobrevive a través del embate furioso de la vida. — LEÓN DE BRONCE *(Villa María)*.

Para *Rubia de los Ojos Azules* (Río Cuarto):
La acción cometida por la persona que se dirige nuevamente a usted, le favorece, por cuanto habrá sido desengañado que la única persona llamada a ser su compañera es usted. — CHEVROLET *(Río Cuarto)*.

A *Chiquita* (Capital):
Si porque usted es chica es la única razón que tiene su hermana para oponerse a que hable con el joven que ama, hace bien viéndolo a escondidas. — MAK HUR *(Capital)*.

El hombre que se rige en todo por la voluntad de una mujer, merece que le quiten las insignias de varón y que le desuellen a azotes.

J. DE SETANTI.

A *Un Alma que Sufre* (Capital):
Si él no le ha demostrado su desinterés, hay remedio. Puede tratarse de un espíritu tímido; oblíguelo a manifestarse en un sentido o en otro, haciéndole conocer sus sentimientos. — DRACÓN.

* * * Hace cuatro años que soy la compañera de un hombre bueno... pero muy mujeriego.
Hace varios días, por haberle reprochado su conducta, se fué y no ha vuelto; yo sufro porque lo amo con locura. — MUERTA EN VIDA *(Bell Ville)*.

Para *Chiquita* (Capital):
Si el joven que usted adora es bueno, siga hablando en él, aun cuando toda su familia se oponga. — MARY *(Capital)*.

* * * Amé a un joven estudiante, y en un disgusto que tuvimos me expresé mal, y él creyó ver en mis palabras que sólo lo quería por su título, y desde entonces se retiró; sin embargo, lo amo. — MARÍA ESTHER *(Flores)*.

Para *Florcita Triste:*
Siga las relaciones con aquel morochito que la amó primero; en tres años de conocerse, usted ya sabrá las intenciones que en su alma encierra. ¿Por qué olvidar ese amor, para ilusionarse de otro quizá pasajero y engañador? — NARANJO EN FLOR *(Tucumán)*.

Una mujer que fija constantemente los ojos en la misma persona, o que los desvía siempre, da que pensar de ella la misma cosa.

LA BRUYÈRE.

* * * A la edad de diez y siete años entablé relaciones con un joven, pero mis padres se opusieron, y por obedecerlos, lo abandoné. A pesar de haber pasado un año, aun lo amo en silencio, porque ha sido el único ser que amé de verdad. — TEJEDORA DE ÑANDUTY *(Río Cuarto)*.

* * * Por espacio de seis meses mantuve relaciones con un rubio, a quien amaba y era correspondida. Pero a causa de una amiga mía, que le habló mal de mí, me abandonó, y cada día sufro más al pensar que lo amo y no lo puedo olvidar. — PRINCESA TRISTE *(Río Cuarto)*.

A *Chauffeur Lindo* (Capital):
No sea tímido, declárésele. Si le acepta, bien, y si se enfada (que es lo más probable), se busca otro empleo. — ENIGMA *(V. Urquiza)*.

A *R. C.* (Mendoza):
No debe pensar en castigar: eso es característico en individuos vulgares, que obran impulsados por lo que les dicta la ignorancia. Nunca pretenda adquirir notoriedad en esa forma. — SIGOMAR *(La Carlota)*.



LECCIONES DE NATACIÓN POR RADIOTELEFONÍA imparte desde una de las estaciones de "broadcasting" norteamericana la actriz de la Paramount Margarita Morris, que es, como se sabe, una de las nadadoras más expertas de la playa de Santa Mónica, en California. Margarita Morris, para mejor explicar a sus oyentes las lecciones de natación, se viste en la forma que aquí la vemos [illegible]



El Perfume de Moda
CHELA
Loción
Extracto
Colonia
Polvo
Talco
Crema
POLVO
CHELA
GRIET & Cía
POLVO CHELA
Polvo de Tocador
CHELA
Deliciosamente fino y perfumado
Precio de la caja en la Capital $ 1.90
IMPORTANTE
La PERFUMERIA GRIET no ofrece sus afamados productos a base de REGALOS por que entiende que el mejor obsequio es el que radica en la CALIDAD.
CHELA
Ultima creación de GRIET
AGUA COLONIA
MARGOT
El agua de Colonia de perfume suave y delicado.
Frasco Grande $ 5.20
" Medio. " 3.20
" Cuarto " 1.70
" Chico. " 0.60
COLONIA MARGOT GRIET
PERFUMERIA
Griet
BUENOS AIRES
LAVALLE 717
LOCION
CHELA
De exquisito y fino perfume
Precio del frasco:
$ 4.20